

El último Dios

Juan García Larrondo

A Marguerite, por «compartir» un mismo amor

A Publius Aelius Hadrianus, emperador

Por Antinoo

...Y, por supuesto, a ti...

«...Y aquí permaneceremos, memoria o estatua, en uno solo, como cuando estábamos con las manos enlazadas no sintiendo las del otro, por sentir sólo sentir. Los hombres aún me verán cuando comprendan lo que eres. Todos los dioses podrían pasar, con el vasto ruedo de las esféricas eras. Mas solamente por ti, que, por ser uno de ellos, te habrías ido en su cortejo errante, regresarían, cual si durmiesen para despertar».

Antinoo (Fernando Pessoa.)

PERSONAJES

CORO DE SOLDADOS, ACTORES y DANZANTES.

PUBLIO AELIO ADRIANO, *Emperador.*

FLEGÓN, *Secretario Imperial.*

ANTINOO, *Favorito del emperador.*

HECHICERA DE CÁNOPE.

CHABRIAS, *Filósofo neoplatónico*.

JULIA y el resto de las ESCLAVAS.

SABINA, *Emperatriz*.

HERMÓGENES, Médico Imperial.

LUCIO AELIO CÉSAR. Hijo adoptivo del emperador.

EUFORIÓN. Fiel servidor.

EL CORREO DE ROMA.

ESCLAVOS.

OBRA EN DOS TIEMPOS:

Tiempo 1: Año 136. Baias. (Italia).

Escenario: Balneario de una villa imperial. Esculturas, mosaicos, fuentes... De libre interpretación. Este escenario y tiempos se repiten al final.

Tiempo 2: Año 130. Serapeum o bien, la barca imperial. Alejandría. (Egipto). Ambiente helénico.

Escenario: Sobre un amplio pódium, una escultura del emperador Adriano. Tronos, ventanas, decoración exótica...

Inspirada directamente de algunos pasajes de las «Memorias de Adriano» de Marguerite Yourcenar (1951). Los fragmentos egipcios, sus canciones y rituales han sido entresacados de «El Libro de los Muertos».

Un coro de soldados y actores cantan alegres alrededor de una hoguera nocturna. Algunos arrojan sus espadas al fuego, otros hacen sonar sus instrumentos y bromean con sus máscaras.

Ha llegado la paz.
Un dios alado ha descendido.
Seca hermano tus lágrimas,
madre, y a no sufras más.
Voy a sembrar en la tierra
el amor, la alegría y el pan.

El emperador ADRIANO entra en la estancia, viejo y enfermo, pero con la suficiente fuerza como para arrojar su lanza contra una gran diana que se incendia tras el impacto. Los danzantes le adaman.

TODOS.- ¡Salve, Adriano, príncipe de la paz! **(Salen cantando.)**

(ADRIANO sonríe melancólico, mientras se coloca simbólicamente alguna de las máscaras. A su lado, FLEGÓN, secretario personal del emperador.)

ADRIANO.- Animula, vagula, blandula... ¿Quién he sido en verdad? Adriano, príncipe de la paz. ¿Qué más? Quizás un espíritu multiforme, o un hombre que podría definirse, precisamente, por lo que no ha llegado a ser. ¿Qué queda de mi infancia? Ahora la vida me pesa tanto que ni las piernas me sostienen y a...

(FLEGÓN escribe las palabras de ADRIANO.)

*Animula, vagula, blandula,
Hospes comesque corporis,
Quae nunc abibis in loca
Pallidulla, rigida, nudula,
Nec, ut solis, dabis iocos...*

Esta mañana mi médico Hermógenes me ha vuelto a reconocer. Su prudencia es paralela a su sabiduría y por eso insiste en hacerme olvidar la idea de la muerte. Tengo sesenta años y creo conocer las

arterias, los músculos de un cuerpo cansado que me ha servido bien. El dolor y la hidropesía pronto acabarán conmigo, pero mi cerebro trabaja aún inagotablemente, y los recuerdos se deslizan por mi mente ordenados y tranquilos. Ya no tengo prisa por morir. Atrás quedó el tiempo en que sólo deseé la muerte. Guardemos paciencia.

Estos días de espera, todos iguales, me traen añoranzas de un tiempo pasado que cada vez se desdibuja más en mí. El galope de mi caballo Borístenes se confunde con las cacerías que, de niño, gustaba practicar en las colinas de Itálica o en los bosques tiburtinos. Las playas de Gades y la voz de mi madre, tan cercanas y distantes de la rubia Atenas y del último compañero de mis viajes. Siempre he sido un corazón en movimiento: España, Roma, Grecia, Egipto... Ahora la enfermedad me ha esclavizado a mitad de camino entre Baias y mi villa, a la distancia justa de Roma como para saber que allí me acusan de loco. Puede ser. Pero, ¿a quién le importa eso ya? Creo que he servido bien al imperio. Por fin hay paz. La historia deberá juzgarme, y tampoco eso es importante. Lo que quiero que el mundo sepa, lo sabrá a través de las memorias oficiales que mi fiel secretario Flegón transcribe. Otras cosas -la mayoría- morirán conmigo.

Quisiera añadir a la biografía del emperador la vida del hombre. Ser el príncipe más poderoso del mundo no me ha hecho del todo diferente. La mía es una historia más, de un hombre más que no supo ni quiso huir de las quimeras del amor.

(ANTINOO, o su presencia, atraviesa lentamente y, como un fantasma, la escena.)

He intentado siempre no detenerme en ninguno de los extremos de la vida, abrirme hacia lo inesperado o lo desconocido. Pero el viaje del amor me ha iniciado en los más indescritibles misterios. Si el que ama conserva consigo la razón, nunca sirve del todo a su dios. Durante años he sufrido por no pronunciar su nombre... Antinoo... Pero todo esfuerzo ha sido en vano. Cuando el ser que más amamos nos es arrebatado, nos sumimos en la más dolorosa oscuridad, y la única luz que alcanzamos a ver es la suya. Antinoo...

Me lo han reprochado tanto, me han acusado de tantas cosas...

¿Por qué se van los que nos aman? Todo le fue hostil: Roma, la propia emperatriz Sabina, Alejandría y la locura que allí nos envolvió. Yo mismo, por todo: por mi ceguera y por mi

incapacidad. Y en última instancia, también él, por su excesivo amor hacia mí.

No puedo atenuar mi penitencia. Yo ya no encuentro suficientes culpables a los que culpar de nada. ¿Para qué? Él se marchó definitivamente al silencio. A ese silencio donde a veces caía, para retornar luego, tras la pausa, más vivo y sumiso a mis pies. ¿Para qué? Si ya nunca he vuelto a sentir su calor.

Y sin embargo, aquel niño que a menudo se me antojó humano y, finalmente, divino. Aquel dulce adolescente cuyo perfil me acompaña aún en las monedas del peculio y en los bustos más fieles. Aquel hombre hermoso que adoran en todos los confines del Imperio como a un dios benéfico, no se alejó de mi vida para siempre. Su presencia está cada noche en la soledad de mi lecho. Desde en los detalles más cotidianos hasta en el horizonte del universo, donde brilla una nueva estrella a la que di su nombre. ¡Qué lejos está Egipto, y Antinoe, la ciudad que levanté para él!... Y qué fríos son sus alargados párpados en el mármol que siempre me acompaña.

(Música. Aparecen nuevos elementos en la escena y algunos personajes extraños. ANTINOO, que ahora lleva en sus manos un pequeño saco con un animal vivo, se dirige hacia el fuego, como si fuese a iniciar un insólito ritual.)

En realidad, aquel viaje a Alejandría fue el término del viajero, el fin de todos mis sueños y el principio de mi época más desesperada. Pero hasta entonces la vida era para mí una aventura fascinante. Yo mismo me sentía como un dios. Si cabe, más que un dios...

(La HECHICERA entra envuelta en un halo de misterio y se sitúa frente a la hoguera. Cánticos fúnebres. FLEGÓN desaparece y el emperador se acerca a sus propios recuerdos.)

Alejandría no era aún la ciudad que tanto habría de odiar después. Egipto es una región llena de magia y placeres siempre nuevos. A mi compañero y a mí nos atraía todo ese mundo de supersticiones y misterios. Recuerdo ahora esa excursión a Cánope con nítida clarividencia. El hálito de la hechicera aún me conmueve los sentidos. La emperatriz, recién llegada de Roma, aborrecía aquellos ritos que tanto nos fascinaban a Antinoo y a mí. Comenzaba el otoño en Egipto y, con él, las celebraciones del aniversario de la

muerte de Osiris. Jamás lo olvidaré. Todavía él estaba junto a mí. Vivíamos el segundo año de la 226 Olimpiada, y la flota imperial se mecía atracada sobre el Nilo...

*Mi corazón mi madre
Mi corazón que me entrega el ser.
¡Oh, tú, eternidad y perduración!
¡Honor a ti, regidor de Amentet!
No hay pecado en mi cuerpo,
ni hice nada con mal corazón,
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
Déjame entrar en el mundo subterráneo
sin que rechaces mi alma.
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
Vengo del Estanque de Fuego,
como desea mi corazón.
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
Déjame salir del mundo subterráneo
y ver el rostro del sol.
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
Déjame salir del mundo subterráneo
y ver la luna por y para siempre.
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
¡Esté conmigo mi corazón
en la casa de los corazones!*

HECHICERA DE CÁNOPE.- (Poseída, en trance.) Mi corazón mi madre... Mi corazón mi madre... ¡Oh, tú, eternidad y perduración! **(Arroja flores al fuego, mientras ADRIANO y ANTINOO participan del ritual.)** Ojalá que hable mi boca, o no podré llegar a la ribera oriental del Lago de las flores, ni tendré una barca que me baje por el Nilo. ¡Ojalá que hable mi boca! Ábrete cielo, para que Seb me separe las mandíbulas, despegue mis ojos cegados y con mi corazón entienda. **(Se incorpora, danzando y**

riendo, bromea con el emperador y el joven, uniéndoles las manos y participándoles de la iniciación.) Mi corazón mi madre, ¡mi corazón mi madre! Mi corazón de las transformaciones...

(La HECHICERA recita una oración indescifrable. Mientras lo hace, le pide a ANTINOO la ofrenda para el sacrificio. El muchacho le ofrece su halcón, envuelto en un pequeño saco. La vieja, entre maternal y frenética, lo sumerge en un estanque hasta ahogarlo. ANTINOO sufre, pero se contiene ante la mirada condescendiente del emperador. La HECHICERA unge con el mismo agua los miembros del joven griego.)

HECHICERA.- (En cuclillas frente al emperador, infantil.) Nu dice: «Retírate, huye de las ciénagas y no pronunciaré tu nombre al gran Dios» **(Acaricia el rostro de ANTINOO que está muy asustado. ADRIANO la detiene.)**

ADRIANO.- ¿Y qué más dicen tus mágicas palabras, hechicera?

HECHICERA.- (Soberbia, casi ofendida.) Dominas la tierra, pero no el cielo, donde tienen poder mis palabras mágicas. «Mis dientes son como cuchillos y mis muelas se asemejan al Nomo de Tutef».

ADRIANO.- (Sonríe.) Tú ya no tienes dientes, anciana.

HECHICERA.- (Ríe, enseñando sus encías.) ¡Yo he sido hermosa, emperador! Pero jamás vi una belleza comparable a la de tu joven amigo... **(Lo mira con ternura.)** El victorioso Osiris, alma de Ra, lo ha visto desde el cielo. **(Acercándose nuevamente a ANTINOO.)** ¿Cuál es tu nombre?

ANTINOO.- Antinoo. **(La HECHICERA vuelve a reír.)**

HECHICERA.- ¡Salve, tú cuyas pupilas descansarán en estas palabras mágicas! **(A ADRIANO, furiosa.)** ¡No se las cierres y márchate del reino de los cocodrilos!

ADRIANO.- No asustes al muchacho y habla claro de una vez.

HECHICERA.- El soberano Osiris dice: «... Mortales. Entro como el Halcón y salgo como el ave bennu, lucero matutino de Ra. De esta forma, trazo una senda por la que ha de entrar el hermoso al Lago de Horus y tener un sendero en el Nilo para adorar a Osiris, señor de Vida»...

ANTINOO.- (Con temor.) ¿Entonces?... ¿No ha bastado el sacrificio del halcón? ¿Qué más puedo hacer? ¡Habla, mujer!

ADRIANO.- (Cansado.) Bueno, ya es suficiente...

HECHICERA.- Deberías adorar a Osiris, emperador... y probablemente lo harás antes de marcharte.

ADRIANO.- (Incorporándose sin ganas de discutir.) Claro, claro que lo haré... **(Le da una pequeña bolsa con monedas.)**

HECHICERA.- Buscas la luz, pero vives en la oscuridad. ¿No quieres evitarlo?

ADRIANO.- No existe la luz eterna.

HECHICERA.- Los dioses existen y nos ven, emperador. **(Empieza a reírse, nuevamente juguetona.)** ¡Salve, oh criaturas del dios Shu! ¡Gracias os doy por haberme permitido ver a Osiris reencarnado antes de morir! ¡Mi corazón mi madre! ¡Mi corazón mi madre! ¡Mi corazón de las transformaciones...!

(La emperatriz SABINA aparece por el fondo de la escena. Los personajes se observan llenos de intenciones y en silencio. La HECHICERA, asustada ante la mujer, arroja las monedas al fuego y se marcha emitiendo un quejido incomprensible. ANTINOO, vencido por la fuerza de SABINA, se acurruca en posición fetal sobre unas pieles que están tendidas en el suelo. ADRIANO y su mujer siguen frente a frente. El fuego parece extinguirse y una momentánea oscuridad hace que todo desaparezca.)

¿Quién es este?

Soy el Ayer; conozco el Mañana.

¿Quién es este?

Ayer es Osiris, y Mañana es Ra.

¿Qué es esto?

Cuando llega un dios,
se levanta y combate con él.

¿Quién es este?

Soy el custodio del libro de lo que es
y de lo que será.

¿Qué es esto?

Es la purificación de Osiris
el día de su nacimiento.
Un dios abraza al otro.
Un dios abraza al otro.

(El sol envuelve tíbiamente la estancia. ANTINOO está dormido sobre el suelo. No queda nada de la escena anterior. Aún se oirán los cánticos fúnebres egipcios cuando aparece el filósofo CHABRIAS, gran amigo del joven. Lo descubre dormido y lo observa con ternura, cubriéndolo delicadamente con unas pieles. ANTINOO despierta. Preside la escena una escultura del emperador.)

CHABRIAS.- Salud, tú que vuelves del encanto de los sueños. ¿Aquí has dormido?

ANTINOO.- ¡Ah, Chabrias! **(Se duele de haber dormido mal.)**

CHABRIAS.- **(Le da un suave masaje.)** ¿Qué vamos a hacer hoy?

ANTINOO.- **(Agradecido.)** No lo sé. **(Por ADRIANO.)** ¿Dónde está?

CHABRIAS.- El cesar se levantó temprano y se fue al senado.

ANTINOO.- ¿Preguntó por mí?

CHABRIAS.- **(Simula cierto desencanto.)** A mí no, desde luego. Creo que no le agrada mucho que la emperatriz haya venido a Alejandría. **(Ambos sonríen, cómplices.)** ¡Venga! Vístete y vámonos al puerto a comer algo.

ANTINOO.- **(Incorporándose. Se dirige hacia una halconera vacía.)** No tengo hambre.

CHABRIAS.- **(Siguiéndole. Burlón.)** ¿Qué extraña conmoción estarán sufriendo los astros para que no quieras comer? **(Paternal.)** A ver, ¿qué pasa? ¿Es por lo del halcón?

ANTINOO.- **(Ausente.)** No. No lo sé. Es que no he dormido bien.

CHABRIAS.- **(Sabio.)** Ya... **(ANTINOO empieza a desvestirse.)** Pero eso no es todo, ¿verdad? **(Silencio.)** No me puedes engañar, lo sabes. Algo está rondando por tu corazón. ¿Pasó

algo anoche de lo que me tenga que enterar? (**ANTINOO lo mira, sonriente. CHABRIAS le habla en un tono más grave.**) ¿Qué tal fue con la hechicera? Un buen griego debe guiarse siempre por los impulsos de la razón y ampliar sus conocimientos sin la necesidad de esos rituales equívocos y primitivos...

ANTINOO.- ¡Pero qué curioso eres, Chabrias! No es nada de eso.

CHABRIAS.- (Contrariado.) ¿Entonces? (**Pausa.**) Otra vez él. Vuelve a ser él. No es conveniente entregarse sin reparos a los goces de la pasión. Al final pueden hacerte sufrir.

ANTINOO.- (Firme.) ¿Crees que no lo sé? (**Una vez desnudo, se cubre con una suave túnica. CHABRIAS lo observa emocionado.**) Pero, a veces, ante los demás parece que se avergüenza al sentirme cerca. Y si todo eso fuera insuficiente, ahora me dedico también a esquivar a su esposa. ¿Por qué? Con su miedo e hipocresía lo que hace es despreciarme, y yo no tengo nada que ocultar.

CHABRIAS.- (Pensativo.) Tienes razón, y no la tienes. Ciertas vivencias de un emperador deben ser tratadas con prudencia y eso tú lo sabes desde hace años. (**ANTINOO sonríe con cinismo, mientras coloca unas ofrendas bajo la escultura imperial.**) El cesar te ama, y mucho. ¿Por qué lo dudas? Si no está siempre contigo es porque él es el hombre más grande del mundo, el padre de la humanidad, y esa es una tarea difícil, de una máxima responsabilidad. Es como un dios que debe cuidar de sus hijos, atenderlos y mirar por su bienestar. (**Acaricia al joven, arrodillándose junto a él.**) Tú eres su paz, su descanso, una parte importante de su universo, y si le faltaras...

ANTINOO.- Es él el que me está dejando.

CHABRIAS.- ¿De qué te han servido mis enseñanzas? ¿Acaso no eres feliz? Tienes la belleza, eres el preferido y fuerte como un león... (**Lo abraza con dulzura.**) ¡Anda! Termina de arreglar tus cabellos, perfúmame y salgamos a navegar por el Nilo. (**ANTINOO obedece con desgana.**) No debemos perdernos las celebraciones en honor a Osiris. (**Estricto.**) Por supuesto, siempre desde una actitud contemplativa. Recuerda que las supersticiones sólo sirven para alejar al hombre del verdadero conocimiento. (**Música. ANTINOO vuelve a acariciar la halconera vacía.**)

ANTINOO.- La hechicera dijo que el halcón no sufriría. Y creo que no sintió dolor cuando lo sumergió en el agua del Nilo. Hubiera elegido cualquiera de mis mascotas, pero le di la que más amaba.

CHABRIAS.- ¿Y crees que los dioses necesitan sacrificios?

ANTINOO.- (**Tras un largo silencio.**) Desde luego. Lo mismo pasa con el amor, ¿no? Tú mismo me lo has dicho en ocasiones.

CHABRIAS.- Eres peligroso, ¿sabes? Interpretas lo que digo a tu manera. ¿Por qué te atormentas? Tú no eres un animal. El emperador debería ser más consecuente y no hacer caso de los malos presagios de los augures. ¡Todo está en tu imaginación! A ver, ¿qué os dijo anoche la hechicera? En el regreso, ninguno de los dos abristeis la boca.

ANTINOO.- (**Duda.**) Hablé de cosas que entendí a medias. Pero lo esencial sí lo comprendí. Ahora sé que la muerte de mi halcón no ha sido suficiente. (**Sincero.**) Yo amo a mi señor, y sería capaz de ser su sombra sin molestarle, de estar junto a su cuerpo siempre. Pero desde hace algún tiempo me ignora, me evita, y olvida cosas que... (**Entregado.**) ¡Ah Chabrias! Todo lo aleja de mí, los dioses y los hombres. Ya nada es como antes; la emperatriz está aquí y sabes que me odia. (**Como si ambos lo supiesen.**) ¿Y Lucio? ¿Qué te puedo decir de Lucio? Todo cuanto a mí me duele a él le hace reír. Me envidia porque desea tener lo que yo tengo. ¡A veces le mataría, Chabrias! (**Se vuelve a la escultura.**) Y él... Él es como Dios, pero sufre como un hombre. Sólo yo lo sé, mejor que nadie. Sólo yo comparto su verdad. (**Reflexivo.**) Hay momentos en los que amo a un niño indefenso, triste y, a menudo, caprichoso. Y no hay ni Dios, ni hay Imperio ni tiene por qué haberlos. Sólo su cuerpo y el mío. Sólo amor. Otras veces, durante horas, observo al hombre que duerme después de amar. En la noche sus defectos y sus virtudes inician una bella metamorfosis. Su respiración marca el ritmo de mi vida. Así, hasta que los rizos de su vientre se vuelven dorados con el alba y abre los ojos lentamente. Al encontrarme a su lado, me sonrío y, a veces, vuelve a abdicar entre las caricias de mis manos. ¿Sabes? En ese momento yo soy el dios y el verdadero amo del mundo.

CHABRIAS.- No se debe mirar al ser que amamos mientras duerme.

ANTINOO.- ¡Me necesita! (**Grave.**) Tú no lo sabes, pero hace unos días se desmayó. Todos los sacrificios que hemos hecho hasta ahora han sido en vano, y ni siquiera la muerte de mi halcón ha favorecido a los oráculos. (**Triste.**) ¡Oh, Chabrias! ¡Me estoy volviendo loco!

CHABRIAS.- (Consolándole.) ¡No me extraña! Lo que tienes que hacer es comer, descansar en condiciones y no perder más el tiempo visitando a proxenetas de lo invisible...

ANTINOO.- No. Lo que tengo que hacer es volver a ver a la maga. Ella sabrá aconsejarme. ¡Vamos, ven conmigo a Cánope!

CHABRIAS.- (Desamparado.) ¿Qué? Pero, ¿es que no atiendes a lo que te digo?

ANTINOO.- (Convincente.) ¡Por favor, Chabrias! El emperador volverá tarde de su reunión con los magistrados.

CHABRIAS.- (Renegando.) Se tardan al menos dos horas...

ANTINOO.- (Tirando de él.) Hay que hacer más ejercicio y los caballos necesitan correr.

CHABRIAS.- (Vencido.) Prefiero ir al gimnasio...

ANTINOO.- (Salen.) Aún nos dará tiempo de visitar a Lucio en el gimnasio y darle los golpes que se merece... **(Risas.)**

(Música. Las sonrisas de unas jovencitas inundan de alboroto la escena. Entran todas, y tras ellas, lo hace la emperatriz SABINA, de semblante oscuro y delicado. Se sienta, algo cansada, mientras es examinada por el médico HERMÓGENES. Las risas y los juegos continúan.)

SABINA.- (Observando al médico, cauta.) ¿Me encuentras más aliviada, Hermógenes?

HERMÓGENES.- En verdad que sí. Egipto, tal y como os recomendó mi colega en Roma, es más propicio para vuestra salud que las humedades del Lacio.

SABINA.- (Apagada.) Y sin embargo no termino de sentirme bien.

HERMÓGENES.- (Herido.) Sois la emperatriz, señora, y yo sólo un humilde médico. Si queréis, podéis solicitar otro dictamen...

SABINA.- (Súbitamente recuperada.) Sois el mejor, Hermógenes. Mi esposo os eligió con acierto. **(Molesta por las risas.)** ¡Ah! ¡Basta ya! ¿De qué os reís tanto, si puede saberse? **(Todas callan.)** ¡Hablad!

UNA ESCLAVA.- (Tímida y nerviosa.) Señora, comentábamos que...

OTRA ESCLAVA.- (Risueña, sonrojada.) La nueva sirvienta, Nefer, nos estaba contando los lugares de mala fama que existían en Cánope. (Risas.)

OTRA ESCLAVA.- Dicen que el propio César fue a visitar uno de ellos anoche, con su favorito. (Silencio.)

SABINA.- (Furiosa.) ¡Tenéis víboras en lugar de lenguas! ¡Fuera de aquí! ¡Marchaos antes de que mande cerrar vuestras bocas para siempre! (Todas, asustadas, se marchan.) ¡Julia! Tú no. (Una de las esclavas, la más fiel, se queda junto a ella.) Todavía no sé por qué tolero ser insultada de esta manera. (Dolida.) De todas formas, da igual. No puedo callar todas las voces de una vez, ni las de los demás, ni las mías, que gimen desde mi corazón. (Mira a HERMÓGENES.) Dicen que las hembras somos más crueles que los hombres. ¿Tú lo crees así?

HERMÓGENES.- En algunas especies de animales, he oído decir que sí. Por lo demás, no creo que la crueldad sólo sea patrimonio de las mujeres.

SABINA.- Eres cauto, Hermógenes. Pero tú eres un hombre, y hay cosas que los hombres nunca podéis llegar a entender.

HERMÓGENES.- Si os referís a vuestro estado de salud...

SABINA.- (Sonríe, desafiante.) ¿Sabes cuál es el mal de la emperatriz, Hermógenes? (Pausa.) Habla sin temor, te lo suplico.

HERMÓGENES.- No temo, señora. Pero creo que la única medicina que os alivia y vuestro más eficiente bálsamo es permanecer siempre cerca del emperador.

SABINA.- (Indolente.) ¡Ah! Con razón servís a la familia imperial. Sois el mejor médico, el más inteligente, el más...

HERMÓGENES.- Señora, ¿qué es lo que queréis de mí?

SABINA.- (Arrepentida.) Perdóname, Hermógenes. Te lo ruego. (A la esclava.) Sírvale vino a mi invitado, Julia. (La esclava se dispone a hacerlo.) En realidad, sólo quiero retenerte un momento más. Quisiera que me hablases, como hombre de ciencia, de tu opinión sobre la magia.

HERMÓGENES.- ¿La magia?

SABINA.- Sí, sí. Tengo entendido que aquí, en Alejandría, existen numerosos magos y hechiceros. ¿Crees que me sentiría mejor si consultara a alguno de ellos y también, como hace el emperador con su favorito?

HERMÓGENES.- No os lo recomiendo, señora. No obstante, podéis preguntar al César o a su favorito, si tanto os interesa, por esa cuestión en particular.

SABINA.- (Sonríe, falsa.) Sí, lo haré, ya que tú no parece conocer muy bien estos asuntos.

(HERMÓGENES y la esclava inician la salida. SABINA se sienta con gravedad en un gran sillón.)

SABINA.- ¡Hermógenes! **(El médico se vuelve.)** ¿Le dirás al emperador que, a pesar de todo, no me encuentro bien?

HERMÓGENES.- Si queréis, sí.

SABINA.- ¿Y le dirás que me sentiré más aliviada si viene a visitarme? **(Pausa.)** ¿Lo harás? **(Triste. HERMÓGENES sale. La EMPERATRIZ se sirve una copa de vino que luego tira con furia. La ESCLAVA se dispone a recogerla.)** ¿Qué haces? Déjala que la recojan los criados. Ven junto a mí. **(La agarra con dulzura.)** Tengo miedo, Julia. ¿Qué estoy haciendo yo en Egipto?

JULIA.- Acompañar al emperador, señora.

SABINA.- (Asiente, quizás bajo una lágrima.) Seguirlo a donde vaya, Julia. Amarlo y protegerlo, como debe ser, como debe ser...

(Al fondo de la escena, LUCIO, semidesnudo, se ejercita con algunos guerreros en el gimnasio. Luchan con palos y cadenas. ANTINOO, dispuesto igualmente para el ejercicio del combate, aparece en el otro extremo acompañado de CHABRIAS. La escena se desarrollará conjuntamente a la de la EMPERATRIZ y la ESCLAVA, sin que ambas se interpongan ni afecten entre sí.)

ANTINOO.- ¡Lucio!

LUCIO.- (Sonriente.) ¡Antinoo! ¿Qué haces aquí? ¡Esto es para los hombres!

ANTINOO.- (Desafiante.) Entonces debería hacerte también la misma pregunta.

LUCIO.- (Risueño.) Si estás enfadado por lo de anoche, lo siento. Me aburren todas esas historias de hechiceras y encantamientos...

ANTINOO.- Sí. Se comenta por ahí que prefieres encuentros más íntimos y directos con los mancebos en el gimnasio.

LUCIO.- (Ríe.) ¿Me estás insultando, Antinoo? Creo que no he oído bien... ¿De qué me estás acusando tú, precisamente tú?

ANTINOO.- ¿Acaso te sientes culpable? He venido a hacer ejercicio. Tú y yo somos hombres. ¿Quieres luchar conmigo?

LUCIO.- (Aceptando el reto.) ¿Quieres aprender a suicidarte?

ANTINOO.- No, quiero demostrarte que no tengo miedo de morir.

(Ambos personajes comienzan la lucha, primero dentro de los códigos del entrenamiento, luego, progresivamente, el combate superará las reglas. CHABRIAS y los guerreros asisten al duelo en silencio. Un duelo entre dos hombres que parecen tener mucho en común.)

SABINA.- (A su esclava.) ¿Conoces el mundo de los hombres? Yo no, aunque hubo un tiempo en que creí saberlo todo sobre ellos. Me casé muy joven. Sabía que me estaban utilizando para acercar a Adriano al seno de Trajano y afianzar así sucesión. Mi madre me utilizó. La dulce Plotina, esposa de Trajano, también me utilizó. En vez de una mujer he sido como una herramienta. Mi propio esposo me utiliza, pero no me usa... **(Ríe trágica)**, ¿lo entiendes, Julia?

JULIA.- El emperador la quiere, señora.

SABINA.- (Riendo.) Es posible que sí, pero no como debe ser. ¡Ay! A veces me gustaría dejarlo todo, volver a mi villa de España y ser una mujer como cualquier otra. Ya no sé si mi castidad es una mentira o una muestra más de repugnancia hacia los hombres. ¿Sabes, Julia? Ellos nos usan como escudos y, como si fuésemos armas de guerra, nos pulen, nos ofrecen su fuerza y su valentía pero, en tiempos de paz, nos exponen como reliquias y presumen unos con otros del arsenal que guardan en casa, mientras que ellos se dedican a amarse entre sí. **(Ríe.)** En Roma dicen que la mayoría

de los hombres comparten algo más que una íntima amistad entre ellos cuando jóvenes.

JULIA.- Había oído decir que eso ocurría en Grecia.

SABINA.- En todas partes, Julia. Pero no creas que eso me preocupa. ¿Qué crees? ¿Que yo no sabía que el emperador buscaba a los jovencitos antes de casarme? Los hombres tienen que medirse a sí mismos. Pero pensaba que sólo una mujer podía darles el amor que necesitan. Al menos eso pensaba. Claro, que jamás imaginé que me iba a enamorar tanto de un hombre como lo he llegado a estar. Ya sólo tengo rabia, impotencia, miedo. ¡Y me siento tan cansada!

LUCIO.- **(En su propio combate.)** ¡Basta Antinoo! **(Casi vencido.)** ¡Esto es un juego!

ANTINOO.- **(Exaltado, dominando la batalla.)** ¡Lucha, maldita sea!

(LUCIO reacciona y empieza a resolver el enfrentamiento de su lado.)

SABINA.- Quizás no haya sabido ser una buena esposa, no lo sé. Sólo sé que cuando apareció aquel niño griego sentí que la felicidad se me escapaba como la sangre, como la vida que se derrama ante una vena abierta. Aquel amor lo alejaba de mí, tanto que sólo siguiéndole podía menguar mi desesperación. La confirmación de ese amor, con el tiempo, ha sido la negación del mío, de mí misma como mujer.

JULIA.- Está cansada, señora. ¿Quiere que leamos algún libro?

SABINA.- No, no te preocupes. Anda, ve y busca a Lucio y dile que deseo verle cuanto antes.

(La ESCLAVA desaparece y se oscurece también la EMPERATRIZ.)

(LUCIO domina a su adversario hasta tal punto que lo que quedaría sería el golpe de gracia. CHABRIAS está horrorizado.)

ANTINOO.- **(Suplicante.)** ¡Mátame, Lucio! ¡Vamos, mátame!

CHABRIAS.- ¡Deteneos! ¡Basta, Lucio!

(LUCIO, jadeante por el esfuerzo libera a ANTINOO.)

LUCIO.- ¿Por qué quieres morir?

(ANTINOO, avergonzado y exhausto, se marcha llorando, ayudado por CHABRIAS. LUCIO todavía atónito, recibe las felicitaciones de los guerreros. Cuando está casi vestido, la emperatriz vuelve a iluminarse y recibe a LUCIO todavía sudoroso y extenuado por el esfuerzo.)

SABINA.- (Abriéndole los brazos.) ¡Lucio! ¡Ven que te bese! (LUCIO lo hace.) Pero... ¡cómo estás! Casi sin vestir, sudando...

LUCIO.- Vengo del gimnasio. (Se sirve algo de vino, eso le hace toser.) Quiero darme un baño y volver a mi barco. Así que déjate de rodeos y dime qué es lo que quieres.

(JULIA entra con unas toallas que ofrece al joven LUCIO; cuando esta se marcha, SABINA comienza a hablar.)

SABINA.- (Más enérgica, incorporándose.) No seas arrogante, Lucio, te he hecho venir para lo que tú sabes que te he hecho venir. Hora es ya de que tomemos una determinación.

LUCIO.- He de suponer que, como siempre, estás hablando del favorito del emperador...

SABINA.- ¿Qué pasó anoche en Cánope? Necesito saber las palabras exactas de esa miserable encantadora.

LUCIO.- ¿Cómo? Siempre me sorprendes, he de admitirlo. ¿Qué parte del larguísimo ritual quieres saber? Te advierto que me dormí en varias ocasiones.

SABINA.- ¿Habló de la muerte?

LUCIO.- (Cansado.) No habló de otra cosa. ¡Aquello parecía un funeral!

SABINA.- ¿Y él?

LUCIO.- ¿Quién?

SABINA.- El griego.

LUCIO.- ¡Estaba hechizado, como el halcón! ¿Pero a qué viene ahora ese interés? ¿Qué le importan a Sabina, emperatriz de Roma, los asuntos de la nigromancia?

SABINA.- (Serena.) ¡Qué desdeñoso eres, Lucio! Te recreas en mi desgracia, cuando deberías velar por tu porvenir, no vaya a ser que el escándalo y la vergüenza te arrastren a ti también.

LUCIO.- ¿A mí? Sé cuidarme solo. Además, no puedo creerme ni por un solo momento que a ti te importe mi porvenir. ¡Es una idea patética! No me gustas, Sabina. No he confiado nunca en ti y no tengo porque hacerlo ahora.

SABINA.- ¡Pobre Lucio! ¿Tan seguro estás de que un día el imperio sea tuyo?

LUCIO.- El futuro está en movimiento pero... puede decirse que sí. Y, en cierta forma, a ti te lo agradezco. Sin heredero legítimo, es normal que me adopte como sucesor, ¿no?

SABINA.- ¡Los hijos nacen del amor!

LUCIO.- Estoy de acuerdo, si no, ¿por qué otra razón iba yo a estar donde estoy?

SABINA.- (Desesperada.) Lucio, Lucio... ¡No me humilles más! Ya he sufrido bastante y no necesito tus insultos. (**LUCIO, tras unos instantes de indecisión se sienta cerca de ella y la mira con ternura.**) Cuando eras todavía un chiquillo, el más hermoso de todos, cuando eras el preferido hice y dije muchas cosas que no estuvieron bien. Con el tiempo ese niño que tanto aborrecí se convirtió en un hombre digno y leal, y dejaste de serme hostil. Fue cuando te vi con otros ojos, y comprendí que ambos teníamos algo en común: habíamos sido abandonados, cuando más lo necesitábamos, por el mismo ser. Éramos enemigos, sí, pero ¿por qué? Ya no tenía ningún sentido. He querido ser tu amiga, pero no me lo has permitido. ¿Te has preguntado si he llegado a perdonarte?

LUCIO.- (Serio.) Lo siento, no he querido ofenderte. Es que yo no veo las cosas como tú.

SABINA.- Los monarcas caen, y desde España hasta Siria, Roma tiene importantes generales, con mayores méritos que tú para acceder al trono. ¿Te ha nombrado su sucesor oficialmente o en público?

LUCIO.- Yo lo sé, y me basta.

SABINA.- (Segura, sonriente.) El futuro está en movimiento, Lucio...

LUCIO.- (Confundido.) Bien, en eso estamos de acuerdo, ahora, dime lo que estás deseando decirme desde que llegué. ¡Vamos!

SABINA.- (Fría.) Mis confidentes en el senado de Roma temen por el futuro del Imperio. Sus ausencias empiezan a ser mal vistas, las habladurías aumentan y nuestro porvenir es cada día más incierto. ¿Tú no escuchas las risas, Lucio? A tu espalda, por los rincones del Serapeum, por las calles, en los mercados y baños. Se ríen de ti y de mí, se ríen de Roma, todos hacen chismes del emperador y sus devaneos con el joven griego. Y yo no puedo soportarlo más...

LUCIO.- (Cansado.) ¡Qué tontería! ¿Por qué no dejas de pensar siempre en lo mismo? ¿Qué sabe el pueblo? ¡Déjales que se rían! Si tu lecho está vacío, búscate a un hombre que te dé calor y repudia a tu esposo de una maldita vez. **(Ríe.)**

SABINA.- No obstante tú conseguiste ser lo que eres, ocupando mi lugar en el lecho del emperador. Piensa, Lucio, piensa y deja de reírte. Tú ya no eres parte de su vida. **(Le provoca.)** ¿Quién ocupa tu lugar? ¿Quién?

LUCIO.- Adriano me quiere, y yo a él.

SABINA.- (Acariciándole el pecho.) Sí, pero... Tú ya no amaneces cubierto por sus caricias. Te lo han arrebatado. ¿Quién, con su influencia maligna lo envilece y domina? ¡Contesta!

LUCIO.- (Vencido.) Antinoo...

SABINA.- ¡Antinoo! ¡Cómo aborrezco su nombre! Si a ti te hizo promesas, ¿por qué no las haría ahora a este otro? ¿Te imaginas, Lucio, a ese maldito efebo vestido con la toga imperial? ¡Él será el siguiente emperador de Roma y no tú! ¿No te das cuenta?

LUCIO.- (Tose.) ¡Vamos, Sabina! Sabes que no es posible. Ahora entiendo tu interés por la magia. ¡Ves alucinaciones y fantasmas por todas partes! **(Ríe.)** ¡Antinoo, emperador! ¡Es absurdo!

SABINA.- (Dándole un documento.) Toma y lee, a ver si esto te convence.

(LUCIO lee con atención.)

LUCIO.- ¿Estás segura?

SABINA.- El propio Serviano me lo ha confirmado.

LUCIO.- ¿Serviano? ¡Claro! ¿Quién si no? (**Renegando.**) Los dos sabemos que Serviano odia al emperador. (**Precavido.**) Casi tanto como tú odias a Antínoo... ¿A qué estás jugando, Sabina? ¿Qué me ocultas?

SABINA.- (**Tibia.**) Nada. Sólo te prevengo. ¡Por todos los dioses, Lucio! ¡Tenemos que evitarlo!

LUCIO.- ¿Tenemos? Creo que te estás volviendo loca.

SABINA.- Desde que el niño apareció, Adriano no ha vuelto a ser el mismo. Roma está abandonada, el Imperio desprotegido, y no debemos permitir, no debemos consentir que un extranjero escandaloso reine un día sobre nosotros.

LUCIO.- (**Siempre sonriente.**) ¿No crees que exageras un poco?

SABINA.- ¡No! ¿Por qué crees que he venido? En Roma podría ser considerado como traición, pero aquí, tan lejos... (**Tentadora.**) ¡Lucio! Sólo tú puedes ayudarme.

LUCIO.- ¡Tranquilízate! Ya basta, Sabina. Aborrezco a ese crío quizás tanto como tú. Pero a mí no me importa que se amen. Todo amor lleva consigo su fin, y también este. Si quieres, podemos intentar apartarlo del emperador, pero...

SABINA.- ¡Mucho más! ¡Hay que eliminarlo!

LUCIO.- ¿Matarlo? (**Largo silencio.**)

SABINA.- Por favor, tienes que entenderlo. Sólo puedo confiar en ti. (**LUCIO calla.**) ¿Qué piensas? Dime algo...

LUCIO.- (**Aturdido.**) ¡No me toques!

SABINA.- No, Lucio...

LUCIO.- Vamos a ver, me estás pidiendo que te ayude a matar a un ser que, precisamente, acaba de suplicarme que le diese muerte. ¿Pero qué es lo que está pasando aquí? ¿Estáis hechizados o qué? (**Se aparta**) Mira, creo que estás llevando todo este asunto demasiado lejos. No cuentes conmigo, Sabina.

SABINA.- (Inflexible.) ¿Te niegas? (LUCIO **calla.**) Bien. Creí que en ti encontraría el apoyo que necesitaba. Otros me ayudarán. No se hable más del asunto y, por tu vida, te recomiendo que olvides cuanto en esta habitación se ha dicho. (LUCIO **arruga los documentos y los quema. En su cara aparece la duda y el miedo, ocultos tras una gentil sonrisa.**) Que no quede en tu mente más que mi advertencia. El futuro de Roma está en juego. ¡Defiéndelo como yo defiendo lo mío! (**Derrumbándose.**) Lo que hoy piensas que es tuyo, cualquier mañana te lo pueden arrebatar de las manos. Yo ya lo he perdido todo. Lo que tenga que venir, vendrá. En algo tienes razón. Todo amor lleva consigo su fin... y también este, también...

(SABINA se acurruca en su propia ensoñación y tristeza. LUCIO desaparece momentáneamente. Entra ADRIANO, ligeramente más joven que en un principio se presentó. Su tez morena, sus cabellos y barba dejan asomar algunas canas y posee una estructura fuerte y varonil. Es ahora un hombre vitalista y alegre, aunque nos parecerá cansado. Le acompaña el médico HERMÓGENES y el servidor negro EUFORIÓN, que le desvestirá de los atavíos de emperador.)

ADRIANO.- (Sirviéndose algo de beber. Ve a SABINA.) ¡Sabina! ¿Qué tal estás?

(La EMPERATRIZ se le acerca y se besan con austeridad.)

SABINA.- Mucho mejor ahora.

ADRIANO.- Ya me comentó Hermógenes. Veremos si Egipto ejerce buenas influencias en ti. ¿Ya te marchabas?

SABINA.- (Duda.) ¿Te importa que me quede entre vosotros?

ADRIANO.- Desde luego. Hermógenes y yo comentábamos que con todo esto del aniversario de la muerte de Osiris, los sacerdotes van a conseguir embalsamarnos los oídos con sus cánticos... (**Risas.**) ¡Son inagotables!

HERMÓGENES.- Cierto, César. Aunque no podemos negar la sutil belleza de esas composiciones tan ancestrales.

SABINA.- A mí me levantan dolor de cabeza.

ADRIANO.- (Al esclavo.) Gracias Euforión. **(Se acomoda.)** Pues la verdad es que yo también empiezo a hastiarme de este país donde todo es tan grandioso y tan monumentalmente insoportable. Quizás sería conveniente zarpar y a hacia otros puertos, ¿no?

SABINA.- ¿Otro viaje? Pero si, prácticamente acabamos de llegar. ¿Volvemos a Roma?

ADRIANO.- No, no. Sabes que tú puedes volver a Roma siempre que lo desees. Pensaba desembarcar en Gaza e ir luego por tierra a...

HERMÓGENES.- (Entusiasmado.) ¡Jerusalén!

ADRIANO.- (Cordial.) No, Hermógenes, no. Jerusalén, no. ¡Elia Capitolina! Sobre las ruinas de la rancia ciudad judía levantaré una de las más grandes metrópolis de Oriente, y en nada tendrá que envidiar a la populosa Antioquía o a la mismísima Alejandría. Mi deseo es que reciba el nombre de mi gentilicio y el del gran dios: ¡Elia Capitolina! Los elios de Itálica darán su nombre a la ciudad innombrable! ¿No es sugerente?

(TODOS se disponen libremente alrededor del pódium de la escultura imperial y charlan amigablemente.)

SABINA.- Eso te traerá nuevos problemas, Adriano.

HERMÓGENES.- ¿Y después? Es decir, eso si el pueblo judío y sus celotes no nos aniquilan en una revuelta.

ADRIANO.- (Ríe.) Luego Petra, Palmira, Antioquía y... Grecia. Mi amada Atenas. Tengo una gran necesidad de volver a ver el templo de Júpiter Olímpico, y el perfil de la nueva ciudad que se añade, día a día, a la del mítico Teseo. Esta vez, haremos la ruta por tierra.

SABINA.- (Incómoda.) Y... ¿para cuándo Roma, César?

ADRIANO.- (Sin mirarla, contrariado.) ¿Roma? Pues aún no lo sé. Todos me acusan de no amar Roma, pero eso no es cierto. Es hermosa, me gusta su color de mujer anciana. He ordenado Roma como una casa para que el amo pueda ausentarse de ella sin que sufra por su ausencia. Las monedas de mi principado llevan tres palabras significativas: Humanitas, Felicitas, Libertas. Intento difundir estos principios a todos los confines del imperio y no

puedo garantizar la eternidad de Roma sentado en un trono del Palatino. Donde yo esté, allí será donde estará Roma. Todo a su tiempo, Sabina.

SABINA.- (Colérica.) ¿Aún significa la palabra «tiempo» algo para ti? ¡Hace años que no pisas Roma! No aquí, sino en Roma es donde debe estar el emperador. Me consta que pierdes el tiempo. Por ejemplo, ¿también visitas ahora a hechiceras, César?

(Silencio violento. LUCIO, realmente elegante, entra en la estancia.)

ADRIANO.- Deber, deber... ¿cómo es el mundo que para ti debe ser, Sabina? ¡Ah, Lucio! ¡Qué belleza! (LUCIO hace un saludo de danza al EMPERADOR.)

LUCIO.- Quizás llegue en un mal momento. En realidad puedo...

SABINA.- ¿Es que yo nunca he de tener razón? ¿Acaso no es cierto que prefieres la voluptuosidad de tus amantes a la sagrada misión de reinar sobre el mundo?

LUCIO.- (Intercede.) Creo que, mejor, volveré un poco más tarde...

SABINA.- ¡Quédate, Lucio! Todavía tengo que decir muchas cosas que estoy segura te van a interesar.

ADRIANO.- (Atónito.) ¿Te encuentras bien, Sabina? ¿Quieres que Hermógenes te prepare algo?

SABINA.- ¡No, maldita sea! No estoy bien. Llevo muchos años enferma. ¡Estoy enferma de amor! Necesito el cariño que nunca me ha sido dado, el respeto que se me ha negado... ¡Una mínima señal de compasión! (Mira a todos, fuera de sí.) ¿Es que nadie me entiende? (A ADRIANO.) No me has amado nunca, pero al verte amar como amas a ese niño, he tenido ganas de morirme. Todos mis sueños se han vuelto pesadillas, todo lo que construí, se me ha venido encima. (La sombra de ANTINOO atraviesa, silenciosa la escena.) Publio Elio Adriano... mi amor. (Llora.) Augusto, hijo - por mi amor- de Trajano y de Nerva. Conquistador de los partos... Sumo pontífice. (Ríe.) Tres veces cónsul y ya no sé cuántas vencedor... ¡Padre de la patria! ¿De qué patria? No de la mía, no de los hijos que nunca tuve... Sí, estoy enferma, y ya no puedo guardar más silencio. ¡No me mires así! ¿Me oyes? No soy un adorno, ni un objeto que se pueda arrastrar por todo el Imperio a tu antojo.

Tampoco soy un cargo honorífico, amado esposo. ¡Yo soy tu mujer! **(Se acerca a él, cariñosa, le besa con pasión.)** Una mujer de carne y hueso, ¿no lo ves? Vamos, ¡tócame!, **(ADRIANO, casi obligado, lo hace. ANTINOO, que lo presencia todo en silencio, desaparece lentamente.)** Te necesito tanto... **(ADRIANO le besa en los labios. SABINA se opone con una mueca de repugnancia.)** Pero tú lo quieres tener todo, y yo tengo un precio. Olvídate de ese muchacho, te lo suplico. ¿Acaso ves en él el hijo que no tienes? Si me amas, yo te lo daré. Vuelve a Roma conmigo, y yo gobernaré junto a ti, y te serviré más que a nadie, como debe ser...

ADRIANO.- (Apartándola con suavidad.) No deseo tu mal, Sabina. Ni deseo que me sirvas. Nunca te pedí que vinieras. Creo que nunca te he pedido nada. Jamás te he mentado, aunque siempre he agradecido tu prudencia. Mis verdades, en realidad, tampoco son de las que deban decirse a voces. Vuelve a Roma o quédate aquí, como quieras. Pero no me pidas lo que sabes que nunca te voy a poder dar.

SABINA.- (Perdida.) Como siempre, tienes razón. ¡Qué lástima de mí! ¡Qué vida vivida en vano! Supongo que ya sólo puedo vivir entre mis mentiras. Sí, quizás me marche de Egipto... ¡Estoy tan cansada! **(Parece que va a desmayarse. HERMÓGENES y LUCIO van a ayudarla.)** ¡Dejadme! ¡No me toquéis! **(A ADRIANO.)** Ninguno de vosotros sois lo bastante hombres como para que pongáis vuestras manos sobre mí. ¿También en eso me equivoco, César? **(Largo silencio.)** Naturalmente. **(Se marcha humildemente. Todos quedan preocupados y callados.)**

HERMÓGENES.- (Intentando suavizar la situación, a LUCIO con complicidad.) Quizás también nosotros deberíamos retirarnos y dejar al César descansar un poco. La jornada ha sido dura y...

ADRIANO.- No es necesario Hermógenes. Está bien. **(Hace un esfuerzo por recuperarse. Se sienta y se muestra más animado.)** En fin... ¿Dónde está Antinoo? **(Lo busca.)** Tampoco he visto a Chabrias...

LUCIO.- (Algo indeciso.) Pasaron un rato en el gimnasio conmigo. Supongo que estarán chanceándose de algún vendedor de sandías por Rhakotis...

HERMÓGENES.- (Risueño.) Me atrevería a sospechar que el bueno de Chabrias le estará enseñando todos los libros de filosofía de la gran biblioteca...

ADRIANO.- Estaba pensando... ¿Qué os parece si hacemos una excursión hasta Hermópolis? Podemos ir todos. Remontaremos el Nilo, volveremos a visitar las pirámides y así nos alejamos unos días de Alejandría. No me gustan todos estos cánticos de muerte y, creo que a Antinoo tampoco. ¿No lo habéis notado?

HERMÓGENES.- ¿El qué, César?

ADRIANO.- Su obsesión por la muerte. (LUCIO se ausenta, pensativo.) En realidad, me preocupan sus silencios, últimamente muy frecuentes. Todo parece afectarle más de lo común. Y esa locura por protegerme. A veces, me despierto súbitamente en la noche y me lo encuentro frente a mí, como un centinela que vela por mis sueños. Llora y ríe con la misma facilidad. Se entrega a los placeres como si fuese la última vez que pudiera disfrutarlos. Y no entiendo el porqué.

LUCIO.- Pero, eso es maravilloso, ¿no?

ADRIANO.- Pero no es lo habitual en él. Bueno, a mí me parece que está triste y misterioso. Desde que llegó la emperatriz no suelo verlo muy a menudo. Creo que no le apetece jugar, ni cazar, ni aprender todas las ciencias que antes tanto le fascinaban.

HERMÓGENES.- Su mal, mi señor, no es físico, sino del alma.

ADRIANO.- ¿Qué sabes tú de eso, amigo Hermógenes? Habla, por favor.

HERMÓGENES.- A su edad aún no se encuentra muy definida su verdadera naturaleza. El adolescente empieza a ser hombre y es probable que, en ocasiones, se vea solo o necesite respuestas nuevas ante situaciones que antes no llegó nunca a plantearse. Pero no veo que tengas que preocuparte sino, más bien... que le des la mejor medicina que hasta ahora he conocido: el amor...

ADRIANO.- ¡El amor! Estoy haciéndome viejo, Hermógenes, y Antinoo ya no es el niño incansable en juegos, revoltoso e inocente que hizo sucumbir a un emperador ávido de amor en aquel palacio de Nicomedia. ¿Recuerdas? Como un atleta ático o como un jinete parto me mostraba hace meses su hombría cazando aquel enorme león en Libia. Amor, amor griego en su amplitud. Nosotros también éramos como esos camaradas de un tiempo más noble que compartían en la batalla la gloria y la ternura. ¿Recuerdas aquella ascensión al Etna? ¡Gritaba y se adelantaba al cortejo como un fiel perro ahuyentando cualquier peligro para el amo! ¿Te acuerdas?

HERMÓGENES.- Me temo que no, César.

ADRIANO.- ¿No?

HERMÓGENES.- ¿Acaso olvidaste que me quedé sin aliento mucho antes de alcanzar la cima del volcán? Lo único que recuerdo -eso sí- fueron las burlas del bitinio.

(Todos ríen.)

LUCIO.- **(Triste.)** Todos hemos sido niños.

ADRIANO.- **(Tierno.)** Mi buen Lucio. Yo sé que tú sí te acuerdas. De eso y de muchas cosas más. **(LUCIO sonríe.)** De hecho, has sido tú quien has tenido que recordarme que Antinoo cumplirá pronto 20 años. ¡20 años! He pensado ofrendarle un nuevo halcón, aún más hermoso que el que sacrificó por mí. ¿Creéis que le gustará?

LUCIO.- **(Asomado a una de las ventanas.)** Pregúntaselo tú mismo. Ahí llega con Chabrias.

HERMÓGENES.- **(También asomado.)** Y Chabrias viene pálido. **(Ríe.)** No, no creo que hayan ido a la biblioteca.

LUCIO.- Yo, con tu permiso, me retiro a mi barco. Vendréis hoy a cenar a bordo, ¿verdad? Los actores están ensayando una pequeña comedia que os he escrito y no podéis perdérsela. **(Ríe.)** César... **(Con una exagerada reverencia se marcha.)**

(HERMÓGENES se retira también. El emperador observa su propia imagen en la escultura, mientras aguarda nervioso la llegada de ANTINOO sentado en su trono e intentando fingir su ansiedad. Entra en escena ANTINOO, cubierto de sudor, que queda sorprendido por la presencia imperial. Intenta disimular un poco su sensación de culpabilidad.)

ADRIANO.- ¡Que los dioses te bendigan, bello bitinio! **(Alza una copa que ofrece al griego. Este bebe y se echa a los pies del emperador. ADRIANO le acaricia el cabello.)** Tu cuerpo tiembla como si fueses a desmoronarte, como si tu voluntad y tus pensamientos desaparecieran ante mí. Antinoo... aquí estás, junto a mí, y no es un sueño. Tu vida es servirme y amarme, posado y acurrucado a mis pies, en silencio, como ahora, con los ojos

cerrados, soñando... ¿en qué? **(Pausa.)** ¿No me vas a decir de dónde vienes?

ANTINOO.- (Duda.) Fui a navegar, con Chabrias.

ADRIANO.- Debiste remar con fuerza, pues desde aquí noto los latidos de tu corazón.

ANTINOO.- No sé. Remamos sin rumbo. **(Sintiéndose acorralado, cambia de carácter y, de un salto, se enfrenta al EMPERADOR como si fuese un viejo senador.)** ¿Y tú? Háblame del balance de importaciones de grano. ¿No crees que son descaradamente favoritistas con Roma? ¡Contesta, César! Te lo suplica el senado de Alejandría.

(Risas. Empiezan a bromear y los dos caen al suelo.)

ADRIANO.- ¡Quieto! ¡Quieto! **(Fingiendo solemnidad.)** ¿Cómo te atreves a ofender de esta manera a tu emperador? **(Le hace cosquillas, ANTINOO grita y ríe. La presencia de la emperatriz SABINA atraviesa silenciosamente la escena, observándolo todo.)** ¡Venga! ¡Dime ahora todo eso otra vez! ¡Vamos! **(Risas. Los dos quedan unidos, se miran y se besan con delicadeza.)** Te amo...

ANTINOO.- ¿Sí? **(Ríe.)** Pues yo no...

ADRIANO.- (Acariciándole.) Te amo.

ANTINOO.- (Cediendo.) Yo no...

ADRIANO.- Te amo.

ANTINOO.- Yo... Yo no podría dejar de amarte nunca.

(Los dos se dan súbitamente la espalda, apoyados uno contra el otro. Se vendan los ojos, en una especie de juego habitual en ellos.)

ADRIANO.- No te alejes nunca de mi vida, joven griego.

ANTINOO.- Todavía más, te prometo que siempre estaré contigo.

ADRIANO.- ¿Estás sufriendo por mí? Cuando te miro así, creo que te vas a romper, que te irás y que me volveré loco.

ANTINOO.- (**Se agarran las manos.**) Soy más fuerte que tú. Tú eres el débil. ¿Y cuando sea viejo todavía me amarás?

ADRIANO.- Yo ya estaré muerto, y volveré al mundo de los vivos para besarte cuando duermas junto al que me ha de reemplazar.

ANTINOO.- No podré vivir sin ti. No amaré a nadie más que a ti, y seré yo el que venga a buscarte para emprender el último viaje. ¿Te colocarán sobre la lengua una moneda que lleve grabado mi rostro? (**Se desprenden de las vendas.**)

ADRIANO.- ¡No digas eso! ¡Quiero volverme!

ANTINOO.- ¡No! No tengas miedo de vivir. Yo te salvaré.

ADRIANO.- ¡No! ¡No! ¡No puedo más! (**Se vuelven los dos y se miran fijamente.**) ¿De qué me tienes que salvar?

ANTINOO.- De la vida, de los sueños, de los dioses que te envidian y te engañan.

ADRIANO.- ¿Por qué lloras? ¿Por qué están apagados tus ojos? ¿Por qué te empeñas en alejar de mí los buenos tiempos? (**ANTINOO se incorpora y se aleja del César.**)

ANTINOO.- No me gusta este juego. Es una tontería.

ADRIANO.- (**Más natural.**) ¿Por qué? Lo inventaste tú. (**Pausa.**) ¿Qué te pasa? (**Silencio.**)

ANTINOO.- Me siento triste.

ADRIANO.- ¿Por qué?

ANTINOO.- No sé. (**Se vuelve hacia el emperador.**) ¡Vámonos ya de aquí! Los dos. Estoy cansado del séquito, de tantas presencias extrañas. Vámonos tú y yo, como antes, a un lugar donde podamos vivir sin miedo...

ADRIANO.- Sí. ¿Y dónde está ese lugar? Si existe, hace mucho tiempo que desapareció o todavía no hemos sabido encontrarlo. No podemos huir de lo que somos, Antinoo. (**Paternal.**) ¿Ya no te gusta Egipto?

ANTINOO.- No, no es eso. Si pudiese volar, te agarraría y cruzaría junto a ti las estrellas y el mar interior. Me gustaría ver las

colinas y las riberas de tu infancia y, luego, seguir más allá, dónde no haya recuerdos. Te amo, y sin ti, me siento vacío y solo, extraño a todo lo que no seas tú o te aleje de mí. Sólo te tengo a ti, Adriano. Y si te fueses de mi vida... ¡Por favor! ¡Vámonos!

ADRIANO.- (Paciente.) Pero... ¡Eso no puede ser! ¡Es imposible! ¿Adónde íbamos a ir? No lo entiendo... ¿Y Chabrias?, ¿y Flegón? Son tus amigos, ¿no?

ANTINOO.- Sí, pero... ¿No lo entiendes? Si tú me pidieses que lo dejara todo por ti lo haría sin pestañear. ¿Por qué, si me amas como dices, no podrías hacer lo mismo tú por mí?

ADRIANO.- (Reflexivo.) Sí, todos tienen razón. Has crecido.

ANTINOO.- Quiero cuidar de ti, envejecer contigo. Quiero despertarte por las mañanas con mis besos y, tras la puesta de sol, darte mi calor y cantarte viejas canciones hasta que te venza el sueño. Y cuando llegue el final, quiero que me entierres o enterrarte en la tierra limpia de una pradera, sin lujos ni cantos fúnebres. Quiero fundirme contigo en la Madre Tierra, y que de nuestras manos abrazadas, no quede más que el recuerdo de nuestro amor. Sí, he crecido, y todo lo que he aprendido me lo has enseñado tú.

ADRIANO.- ¡Ay, pequeño griego! Esa vida idílica de la que me hablas no podrá ser nunca.

ANTINOO.- (Triste.) ¿No?

ADRIANO.- ¿Y Roma? ¿Y el Imperio?

ANTINOO.- Tú te irás y todo eso quedará. Conoces los oráculos. Estás en peligro. Y tengo miedo.

ADRIANO.- ¿Miedo por mí? ¿Por las palabras de la hechicera? No se puede hacer caso a todo el mundo.

ANTINOO.- Ella te dijo que te fueras. Y todavía estamos a tiempo. ¡Vámonos, por favor! ¡Por favor!

ADRIANO.- (Inflexible.) Olvídalo, Antinoo. No puede ser.

ANTINOO.- No quiero perderte. Estoy preparado para todo, ¿me oyes?

ADRIANO.- Pero, ¿por qué? ¡Esto es increíble! Todo el mundo quiere que me vaya. ¡Incluso tú! Y todo por las amenazas de una hechicera. ¡Cómo si fuese la primera vez que me vaticinan peligros! **(Silencio.)** Pues no, no podemos irnos todavía. **(Pausa.)**

Conciliador.) Haremos una travesía por el Nilo, ¿qué te parece?
(Silencio.) ¡Contesta!

ANTINOO.- Si ese es tu deseo.

ADRIANO.- No me hables de ese modo. **(Agotado.)** No sé qué es lo que te ocurre últimamente, de verdad. Voy a descansar un poco... ¿vienes?

ANTINOO.- (Dolido.) No. De ahora en adelante, si lo ves preciso, pediré audiencia en Roma para verte, gran César.

ADRIANO.- (Violento.) ¡Basta ya! ¡Vete!

ANTINOO.- (Tras un largo silencio.) No cabe duda de que algo te está cambiando. El niño de tus caprichos se está haciendo un hombre, crece y ya es más difícil que se oculte entre tus piernas. Por eso te avergüenzas de mí en público. ¿Crees que no lo he notado? Ahora sucede que tienes un efebo que piensa, que te hace preguntas a las que no quieres contestar. Me estás echando de tu vida, lo sé. Pero yo me iré antes de que dejes de quererme, para no hacerte más daño. Porque, ya no me amas, ¿verdad? **(Llora.)** ¿Es porque soy mayor? ¿Ya no te excito? ¿No te satisfago en el lecho? Me dejarás a mí, igual que dejaste a Lucio, ¿no?

ADRIANO.- Pero, ¿qué es lo que te pasa? ¡Sí, maldita sea! ¡Márchate! Quiero estar solo.

ANTINOO.- (Casi llorando, suplica.) No me eches, por favor...

ADRIANO.- (Emocionado.) No. No quiero que te vayas.

(Se aproximan y se abrazan.)

*Me levantaré a mí mismo
sobre el costado siniestro,
y me pondré a mí mismo
en mi costado diestro;
me levantaré a mí mismo
sobre el costado diestro,
y me pondré a mí mismo
en el costado siniestro.*

*Me sentaré, me levantaré,
y me colocaré en la senda del viento
como un guía bien adiestrado.*

ADRIANO.- ¿Qué puedo decir que no haya dicho ya? ¿Que no me quieras más? ¿Es eso posible? Al querer mi felicidad, quiero la tuya, pero no te doy más que tristeza. Te amo con locura, jovenzuelo, pero no puedo amarte más: ¿Acaso no estoy siempre que puedo junto a ti? ¿Acaso no te prefiero a los demás? No, no, claro que no quiero que te vayas. No podría vivir sin ti, no quiero que me dejes nunca. **(Silencio.)** ¿Me estás oyendo? **(SABINA, desolada, huye desesperada. ANTINOO intenta hacer lo mismo. ADRIANO se lo impide.)** No te vayas. Espera, por favor. ¿Qué nos ocurre? Háblame. Sabes que no soporto tu silencio. Yo también estoy nervioso, cansado de tanta muerte, de este maldito Egipto funerario. Pronto nos marcharemos, te lo prometo. ¿Adónde quieres ir?

ANTINOO.- No quiero ir a ningún sitio. Quiero volver.

ADRIANO.- ¿Volver? ¿Adónde?

ANTINOO.- Volver a nacer. Volver a ser libre.

ADRIANO.- ¿Libre de mí? **(Silencio.)**

(En ese mismo instante ADRIANO advierte la presencia de FLEGÓN. Transforma su actitud. ANTINOO continúa silencioso.)

ADRIANO.- Entra, Flegón. ¿Qué pasa?

FLEGÓN.- Perdón, César. Parece ser que el estado de la emperatriz ha sufrido un súbito empeoramiento. Me ha rogado personalmente que vayáis a verla cuanto antes.

ADRIANO.- **(Severo.)** Bien. ¿Dónde está?

FLEGÓN.- Hermógenes la está atendiendo en sus aposentos del Liceo.

ADRIANO.- Iré enseguida, Flegón. Gracias. **(ADRIANO y ANTINOO se miran unos instantes. FLEGÓN se marcha.)** Tengo que irme.

ANTINOO.- Claro. (**Transición.**) Una mujer a la que apenas conozco me ha contado hoy una historia muy triste. ¿Quieres oírla antes de irte...?

ADRIANO.- (**Marchándose.**) Ahora no puede ser. Luego me la cuentas, ¿de acuerdo? (**Vuelve a él.**) Mírame. (**Lo obliga con dulzura.**) No quiero irme así. (**ADRIANO le seca las lágrimas y le besa, antes de desaparecer.**)

ANTINOO.- ...Es la historia de un hombre que decidió emprender un largo viaje por el mar. Para ello, había botado una barca en la que incluyó lo que más amaba: su mujer, sus hijos, su hacienda y, además, a su joven erómenos. Después de muchos días de travesía y todavía en altamar, les sorprendió una gran tormenta. Los hijos y la esposa se abrazaron al padre, y ya no quedó un brazo libre para que el joven amante se aferrase. La barca zozobró y se precipitaron todos al océano. El hombre, desesperado, corrió a ayudar a su esposa y a sus hijos en primer lugar. Cuando quiso volver a por su amigo, este había sido arrastrado por las olas y no pudo ya salvarlo. El amor ahogará al fin todos los sueños y, como siempre, no estás aquí ofreciéndome tu mano para que me pueda yo salvar...

LA PRESENCIA DE LA HECHICERA.-

A la Puerta del viento del Oeste:

Ra vive, la tortuga muere.

A la Puerta del viento del Este:

Ra vive, la tortuga muere.

A la Puerta del viento del Norte:

Ra vive, la tortuga muere.

A la Puerta del viento del Sur:

Ra vive, la tortuga muere.

ANTINOO.- ¡Cantad, sí! ¡Cantad a la muerte! La muerte es la salida, la victoria, la entrada a una nueva vida...

¿Por qué me acuerdo hoy de ti, madre? ¿Qué lejos veo tu cara y qué grises los verdes bosques de Claudiópolis! (**¿Le hablará a la escultura del emperador?**) ¿De veras estoy tan solo? A veces pienso si no serás un fantasma que yo mismo he creado y que ha terminado dominándome. (**Abraza con cariño la estatua.**) ¿Quién dice que nuestro amor es imposible? No sólo es posible sino que, aún más, durará eternamente. Y no se podrá medir en esta vida llena de mentiras y de miedos. ¿No lo entiendes? Eternamente

enamorado de ti, eternamente joven. **(La HECHICERA se acerca, lo acurruca en su regazo y le canta una canción de cuna primitiva.)** Algún día tengo que contarte esta historia. En verdad eres el centro de mi vida, de mi universo. Pero me he perdido en la oscuridad de los tiempos. ¿Te acordarás de mí? ¿Servirá de algo todo lo que tendré que hacer por ti? Por encima del cuerpo y de la mente, pero con el cuerpo y con la mente, a pesar de las mentes vulgares que no nos entiendan y detesten nuestra felicidad, porque no eres dios, y porque lo pareces... Por tantas y todas las cosas, yo te amo... **(En letanía que acabará en susurro.)** Te amo, te amo, te amo...

HECHICERA.- (Acariciándolo.) Salve, oh Bejennu; oh Príncipe de los dioses del firmamento oriental. Oh tú el de la piel oculta, permíteme que te ruegue. Ven y coloca a tu heredero e imagen tuya, al victorioso Osiris, en el perenne mundo subterráneo. Haz que todos sus miembros descansen; troca su cuerpo en el de un dios. Que no sepa el dios Sukati que se encuentra en el submundo. Así el muerto beberá agua en el venero de la corriente, y brillará como las estrellas de los cielos.

(Cantará acunándolo hasta que la representación de esa especie de «Piedad» desaparezca en la oscuridad. Cuando vuelve la luz, ANTINOO está solo, dormido aún sobre el pódium. Entra CHABRIAS que enciende algunas lamparillas. Inmediatamente después entra el emperador, visiblemente alterado.)

CHABRIAS.- ¡Señor! ¡Me habéis asustado!

ADRIANO.- Lo siento, Chabrias.

CHABRIAS.- ¿Qué tal se encuentra la emperatriz?

ADRIANO.- (Susurrando) Mejoró súbitamente cuando le prometí que volvería pronto a Roma. ¡No sabía qué decirle!

CHABRIAS.- (Grave.) ¿Antinoo lo sabe?

ADRIANO.- Claro que no.

CHABRIAS.- ¿Qué vais a hacer entonces?

ADRIANO.- ¡No lo sé, por los dioses que no lo sé! Ahora, precisamente ahora no puedo marcharme. Mi presencia es necesaria en Oriente.

CHABRIAS.- Es cierto, mi señor. Si en este momento os marcháis, pondríaís a los judíos en la coyuntura perfecta para una sublevación. Jerusalén, creo, es un hervidero.

ADRIANO.- ¡Elia Capitolina, Chabrias!

CHABRIAS.- Perdón, César.

ADRIANO.- Atenas es una ciudad agradecida. Los sacerdotes de Gades saben apreciar mi ayuda. En todos los confines del Imperio han aceptado la paz, en todas las ciudades excepto en Jerusalén. Y todo por un ridículo dios de la intolerancia. ¡Todo el mundo sabe que los dioses pueden convivir entre sí, aunque les demos diferentes nombres! ¿Por qué el suyo no? ¿Por qué? Con gentes así no se puede hacer nada. (**El EMPERADOR descubre a ANTINOO, que despierta del sueño.**) ¿Dormías? (**Se acerca a él y le da un brazalete.**) Mira, nos traerá suerte. (**ANTINOO sonríe agradecido.**) ¿Por qué eres tan hermoso y tan fiel? Supongo que no quieres volver a Roma, ¿verdad? ¡Ay! ¿Qué voy a hacer? Nos iremos pronto, no sé a donde, pero nos iremos pronto. Te lo prometo.

ANTINOO.- No me prometas nada. (**Dulce.**) No te preocupes por mí. Estoy bien.

ADRIANO.- (**Sonríe.**) ¿Es cierto? ¿Te encuentras mejor?

ANTINOO.- Mucho mejor. (**Alegre.**) ¿Qué piensas Chabrias? El emperador propone hacer una excursión por el Nilo. ¿No es una forma perfecta de despedirse de Egipto?

CHABRIAS.- Más que perfecta, idónea.

ANTINOO.- Será un honor para mí, Adriano, adelantarme y prepararte una ruta especial.

ADRIANO.- ¿Especial? ¿Tú solo? Ni lo pienses.

ANTINOO.- ¿No te fías de mí? (**Insiste.**) Es una sorpresa y no puedes venir.

ADRIANO.- No.

ANTINOO.- Sí.

ADRIANO.- Sí, si te acompañan los remeros.

ANTINOO.- Eso sólo dará más peso a mi canoa. Chabrias me acompañará, ¿no?

CHABRIAS.- ¿Yo? Pues... sí, ¿por qué no?

ADRIANO.- En ese caso, Chabrias, asegúrate de que vayáis con los remeros. (**ANTINOO se enfada.**) Insisto.

CHABRIAS.- Señor. Perdonad. ¿Podemos discutirlo después? Lucio os espera en su barco.

ADRIANO.- ¡Las fiestas de Lucio! Por lo menos, esta noche cenaremos como dioses. ¡Ya veremos mañana en qué nos despertamos! (**Ríe.**) Hay que educar a Lucio. Tengo grandes esperanzas en él. (**A ANTINOO.**) ¿Has oído hablar alguna vez de razones de estado? ¿Y del bien común? Hoy vas a ver cómo le ponemos la cara amarilla al presumido de Lucio. ¡Vamos!

ANTINOO.- No. (**Nervioso.**) Prefiero no ir.

ADRIANO.- ¿No quieres cantar y bailar? ¿No quieres ver a los magos? Lucio se habrá gastado una fortuna en preparativos - excesos que luego tendré que pagar yo- y no podemos dejar de asistir.

ANTINOO.- Ya. Pero no quiero salir esta noche. ¿Te importa si no voy?

ADRIANO.- (**Provocándolo.**) Pero yo no quiero ir solo.

ANTINOO.- No estarás solo. Te olvidas de Lucio.

ADRIANO.- (**Ríe.**) Vaya... ¿Así que es eso? (**A CHABRIAS.**) Este bitinio, derretido de amor, desea más insistencia por mi parte. Está bien. Si dentro de una hora no has aparecido en la fiesta, te haré crucificar. (**Se marcha sonriente. Luego vuelve y le besa.**) ¿O prefieres que te arroje a los cocodrilos? (**Se marcha.**)

CHABRIAS.- (**Observando a ANTINOO.**) No es normal en ti denegar una invitación tan generosa y hacer rogar al emperador.

ANTINOO.- Él no es mi emperador.

CHABRIAS.- (**Audaz.**) ¡Ah! ¿Quieres que me vaya yo también?

ANTINOO.- (**Tierno.**) No.

CHABRIAS.- (**Saca un juego de dados y comienza a jugar. Es algo habitual en ellos.**) No le has comentado el incidente del gimnasio con Lucio, ¿verdad? (**ANTINOO lo niega.**) Ni tampoco tu súbita visita a la hechicera, ¿me equivoco? (**ANTINOO permanece ausente.**) No estás en el juego. (**Le hace señas.**) ¡Eh! ¿Hablo con las paredes?

ANTINOO.- Lo has visto, ¿no? ¿Ves como me sigue tratando como a un niño?

CHABRIAS.- Bueno, de hecho reaccionas como un niño. Tu mente y tu corazón viajan ahora mismo por el Nilo, hacia el barco de Lucio. ¿No es cierto?

ANTINOO.- Sí, mi mente y mi corazón navegan ya por el Nilo, pero no hacia el barco de Lucio.

CHABRIAS.- Si pudieses verte, te sentirías avergonzado, créeme. A tu edad, nadie debe centrar su vida en un solo ser. Deberías ver siempre más allá y no conformarte con ser una sombra silenciosa y triste. Hay otras cosas hermosas, otras sensaciones que te niegas a descubrir y que también te podrían dar felicidad. (ANTINOO sonríe. El FILÓSOFO se acerca al niño.)

ANTINOO.- Ahora el despistado eres tú, Chabrias. Es tu turno.

CHABRIAS.- ¡Ah, sí! (Pausa.) Quizás no hayas caído en la cuenta pero, con el tiempo, descubrirás que hay más personas que te aman, aparte del emperador. (ANTINOO recoge los dados. CHABRIAS, con delicadeza y audacia, coge suavemente la mano del niño y le besa. El joven griego, desconcertado, se queda inmóvil, luego sonríe y le devuelve el beso.)

ANTINOO.- Mi beso es más grande que el tuyo, Chabrias. Es el último y el único beso que te voy a dar.

CHABRIAS.- (Arrepentido.) Perdóname. (Silencio.)

ANTINOO.- No... No pasa nada. Lo sé. Si yo también te quiero, pero de otra manera, ¿entiendes? Bueno. Y ahora será mejor que me vaya a la fiesta, si no quiero que me crucifiquen. (Se marcha.)

CHABRIAS.- ¡Espera! ¡Antinoo! (Solo. Arrepentido y cabizbajo.) ¿Y por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? ¡Antinoo! ¡Maldito sea el deseo! ¿Por qué somos tan vulnerables? ¿Para qué nos dotaron de razón si no acertamos a vivir con ella? ¡Ay, amor, el más sabio de todos los dioses! ¡Amor, amor, amor! Amor que se transforma en locura y que me arrastra, amor inesperado, nacido sólo para hacerme el más desgraciado de los seres. (A la escultura imperial.) ¡Perdóname, César! ¡César! ¡Qué hermosa palabra! Tú pasarás a la historia, pero la historia no hablará nunca de nosotros. De Euforión o de Flegón. (Ríe.) De los buenos ratos pasados con los actores y los mancebos. Del bueno de Hermógenes, de tus amigos romanos, de Atiano, Plotina y Lucio. Del exquisito Arriano y su acento bitinio, como el del bienamado. Tampoco hablará la historia del ser más dulce que hay en la tierra. Ni nadie mencionará mi nombre: Chabrias. ¿Quién quiere oír las miserias de un loco? ¿Quién comprenderá a este humilde pensador, ávido de calor, que

se descarna llorando buscando siempre unos ojos llenos de fuego?
¡Oh, César! ¿Qué va a ser de mí? No me juzgues por mi gesto ciego
y mundano, sino por mi silencio y abnegación. **(Recoge la joya
regalada a ANTINOO por el EMPERADOR y que se había
dejado olvidada. Le besa.)** ¡Jamás volverá a suceder! ¡Jamás! Le
he de seguir todos los días de mi vida, pero me cortaré las manos
antes de tocarle. No me separes de él. Permíteme sólo verlo correr
por el palacio, o escucharlo jugar con los esclavos... ¿No ves que yo
también le amo con toda mi alma? **(Ríe, trágico.)** ¡Pobre y
enamorado, Chabrias! ¡Pobre y enamorado, Chabrias!

**(Se balancea, como una cuna, arrodillado y dándose golpes en
el pecho. Breve oscuro. Música alegre. Interior del barco de
LUCIO. Un grupo de actores bailan y representan una singular
farsa. El emperador ADRIANO, LUCIO, HERMÓGENES y el
resto del Séquito les observan, mientras celebran una gran
fiesta. Los platos y los números acrobáticos se suceden con
suntuosidad. LUCIO está plétórico. CHABRIAS ha
desaparecido y, con él, todo rastro de la escenografía anterior.)**

UN ACTOR.- **(Tras una máscara, recita y danza como en los
dramas griegos el siguiente elogio.)** ¿Te atreverías a quejarte,
César? **(Todos le observan sonrientes y expectantes,
acostumbrados a las excentricidades de LUCIO.)** Y la verdad es
que estás rodeado de todo lo mejor de la vida. **(Juguetea con el
resto de los cómicos.)** ¡Ay, Narciso que se bebió sus propias
lágrimas! ¿Qué más se puede desear? ¡Tan sólo eres el dueño del
mundo! Todo crece, se multiplica a tus pies, incluido el poder de la
vida y de la muerte. **(ADRIANO niega sonriente.)** ¿No? Quizás no
de tu vida, pero sí de las que te rodean. Por ejemplo, la soñadora
emperatriz: ¡Sabina! Es, después de todo, una matrona ejemplar.
Siempre recta, púdica... ¿virgen?... En fin, la esposa que todo lo
acepta con, a veces, indistinta resignación...

**(El MONARCA, pese a todo, mantiene su buen humor y hace
gestos de reproche a LUCIO.)**

ADRIANO.- **(Al actor.)** ¿No te falta la música?

UN ACTOR.- ¡Sí! ¿Por qué no tocas la flauta, emperador? ¡Qué
privilegio para Roma, para el mundo, tener un monarca músico!
¡Vamos! Nadie toca la flauta mejor que tú. Pero no me

malinterpretéis... ¡Adriano es, además, un gran poeta! ¡Un inigualable artista! El César arquitecto, el César estudioso de las estrellas y los cuerpos cósmicos... ¿Dije cómicos? ¡Aún más! Adriano, protector de los actores y las artes. ¡Aún más! **(Salta al suelo.)** ¡Cientos de ciudades te admiran porque las embelleces y reconstruyes, dándoles esplendor y seguridad! Roma te ama. Itálica, Nimes, Atenas, Pérgamo, Antioquía... **(Ríe.)** ¡Todo el mundo te ama! Pero, ¿y tú? ¿A quién, que no seas tú mismo, amas, emperador?

ADRIANO.- **(Aplaude la representación.)** ¡Basta, basta!... ¡Qué gran autor podrías ser, Lucio! Pero te suplico que no sigas... Ya he recibido demasiados insultos por hoy. **(Silencio. Instantes de tensión. Adriano sonríe.)** Aún eres joven y te quedan por aprender muchas cosas. Aunque esas magníficas dotes de comediógrafo te van a ser muy útiles cuando te dirijas al senado y al pueblo de Roma como emperador... **(LUCIO se enorgullece. ADRIANO bromea.)** No hagas que me arrepienta, ¿de acuerdo? **(Risas, los actores saludan y siguen sus piruetas.)**

(En medio de la alegría, la inesperada entrada de ANTINOO, bastante ebrio, provoca un breve silencio. Todos le miran. LUCIO, divertido, le lanza una corona de flores que el joven griego atrapa en el vuelo. Vuelve a sonar la música. ANTINOO danza seductor para el emperador y acaba llevándosele entre el séquito arengado por los gritos cómplices de los actores. La cena va transformándose en bacanal y apagándose lentamente hasta concluir en penumbras y susurros. Se oye el cercano chapoteo de las naves flotando sobre el río. La luz de las antorchas se extingue y, con ella, la escena del banquete.)

(Amanece el primer día del mes de Atir. Ruidos de viento y mar inquieto. Vuelven los cantos fúnebres y la escenografía anterior a la Fiesta de LUCIO. ADRIANO cubre con una capa y abraza la espalda de su favorito. Ambos miran asomados a una ventana el renacimiento del sol.)

*En el nacimiento de Osiris,
el hombre cruzará lugares recónditos.
En el nacimiento de Osiris,
el hombre penetrará en los aposentos secretos.*

*En el nacimiento de Osiris,
el hombre perforará los montes.
En el nacimiento de Osiris,
se abrirán los valles misteriosos e incógnitos.
En el nacimiento de Osiris,
la luz y las transformaciones,
el hombre conocerá.*

ADRIANO.- ¡Qué frío hace hoy!

ANTINOO.- (**Retoando entre los brazos del amigo.**) ¿Ves el faro? (**ADRIANO asiente.**) En el nacimiento de Osiris, la luz y las transformaciones, el hombre conocerá.

ADRIANO.- (**Sonriente.**) ¿Sí? Pues me temo que hoy los egipcios van a celebrar la fiesta del nacimiento de Osiris con lluvia. ¿Ves aquellas nubes? Hermógenes dice que antes de esta tarde habrá una gran tormenta.

ANTINOO.- También tiene que tener su otoño Alejandría.

ADRIANO.- Y su invierno. (**Señalando**) Mira como el sol dora los mármoles del faro. La ciudad de Alejandro sobrevivirá a todas las estaciones. ¿Te gustaría que volviésemos a visitar su tumba antes de marcharnos?

ANTINOO.- (**Asiente, misterioso.**) Adriano honrará al gran Alejandro y Antinoo honrará al amado Hefaistión.

ADRIANO.- Chabrias te ha enseñado bien. Pero Adriano no ha fundado aún su Alejandría.

ANTINOO.- Lo harás, y yo te mostraré el emplazamiento.

ADRIANO.- (**Volviéndose hacia él.**) ¿Por qué me hablas así? (**Silencio. Lo peina con sus manos.**) ¿Y bien? Anoche bailaste como un poseído en la cena de Lucio. Cantaste para mí y reíste como nunca habías hecho antes. Y sin embargo hoy, al despertar, te he acariciado y me he encontrado un rostro envuelto en lágrimas. ¿Por qué? ¿Por qué no puedes ser feliz? ¿Cómo te puedo ayudar? ¿Quieres dejarme? Si es eso, si eso puede calmar tus sufrimientos, hazlo. Yo lo aceptaré. Cualquier cosa antes que seguir viéndote triste.

(ANTINOO se incorpora y le da un largo beso.)

ANTINOO.- Soy feliz, Adriano. Soy el ser más afortunado. ¿Podrás disculparme por todo lo que te he hecho sufrir?

ADRIANO.- ¿Disculparte? ¿Por qué? **(Ríe.)** A veces dices las cosas como si fuese la última vez que fuéramos a vernos. **(Pausa.)** Está bien, te lo perdono todo. Pero, como penitencia, tendrás que amarme toda tu vida. ¿De acuerdo?

ANTINOO.- **(Silencio.)** Lo haré. Hasta el último momento de mi vida, lo haré. **(ADRIANO lo mira con seriedad. Luego lo acaricia y sonríe confiado. Entra EUFORIÓN, que comenzará a vestir al emperador.)**

ADRIANO.- ¡Un día más! **(Entra también FLEGÓN.)** ¡Flegón! ¡Buenos días! ¿Qué tienes hoy para mí?

FLEGÓN.- El correo de Roma ya ha llegado. Os espera.

ADRIANO.- Gracias, Flegón. **(FLEGÓN sale y después entra con la comitiva. El EMPERADOR habla a ANTINOO.)** ¿Y tú qué vas a hacer hoy?

ANTINOO.- Voy a darte mi corazón.

ADRIANO.- ¿Y...?

ANTINOO.- Y buscaré el sitio para tu nueva ciudad.

ADRIANO.- ¿Aquí? **(Ríe.)**

ANTINOO.- Junto al Nilo, cerca de la ciudad de Alejandro.

ADRIANO.- **(Alejándose.)** Pensé que no te gustaba Egipto.

ANTINOO.- **(Casi como un susurro.)** No te vayas todavía...

ADRIANO.- **(Casi sin oírlo.)** ¿Qué?

ANTINOO.- Nada...

(El EMPERADOR saluda a los miembros del Correo, que entran portando legajos y documentos. Este pasaje se desarrollará al fondo del escenario, iluminado por una luz diferente y más tenue. Sus voces, que tratan asuntos de gobierno, apenas si se escuchan. ADRIANO ya no ve a ANTINOO, que quedará en un primer plano, más fuertemente iluminado.)

ANTINOO.- (Arrodillado, junto al agua del río.) Adriano... Ya no puedo verte. Tengo frío, mucho frío. ¿Qué? No, no te oigo. ¡Hablas conmigo? No te entiendo. Deja de llorar, así podré comprender tus palabras. **(La HECHICERA danzará sobre el agua y mojará, con su ritual, al joven griego.)** Yo nací en un bosque de Claudiópolis. Muy lejos de aquí. Tan lejos, que ya tampoco puedo verlo. ¿Cómo dices? ¡Habla más alto para que pueda oírte! ¡Adriano! ¿No ves que soy como el ave bennu? Mi pequeño emperador, mi amigo y compañero. ¡Me hundo para que tú puedas volar! Pero tengo tanto miedo. Tengo miedo a que un día te vayas y me dejes en la orilla. Y el agua está fría y oscura. No veo mi reflejo. Ven... ¡Ven junto a mí! ¿Por qué no vienes a salvarme? **(Corta unos rizos de su cabello y los quema en sacrificio.)** Ven y reconoce el cuerpo que tanto has amado, el cuerpo ágil que ha de pesar como una gran piedra y no volverá a jugar abrazado al tuyo. Aquí he de dejarlo, para siempre, en los cimientos de una ciudad que hoy empiezo a levantar para ti. **(Tiembla.)** En el fondo del río hace frío y me siento muy solo. ¿Adriano? ¿Adriano? ¡La luz!... ya no te veo, ni te siento. ¡No me sueltes, Adriano! **(La HECHICERA lo sumerge lentamente, sin resistencia, en el agua. ANTINOO vuelve a tomar aire.)** ¡No! ¡Madre! ¡He visto tu rostro! ¿Dónde estás? ¡Adriano! ¡Por tu vida, ven a salvarme! Aquí podremos amarnos siempre. Y no tendremos que fingir más, ni sentiremos el temor de la despedida, ni nada importará que llueva sobre Alejandría. Saldrá el sol. Yo lo llevaré siempre junto a ti. ¡No me olvides nunca! ¡No me sueltes nunca, por favor! **(Rápido.)** ¡Yo nací en un bosque de Claudiópolis! ¡Yo nací en un bosque de Claudiópolis! ¡Yo nací en un bosque..! ¡No me dejes solo! ¡No me sueltes! ¡No!... **(La HECHICERA vuelve a sumergirlo, hasta concluir el sacrificio.)**

*Hay un hombre solo
que llora en el puente de un barco.
De cabellos grises.
De cabellos grises.
Hay otro hombre solo
que llora en el ribazo de un río.
¡Ay, Dios de las agonías!
¡Ay, Dios de las agonías!*

(Todo parece apagarse. Todo desaparece. En el oscuro, aún podrán oírse los llantos de un niño y una triste canción de duelo, incomprensible, que canta una hechicera cerca de Alejandría. Comienza a llover sobre el Nilo. Una luz gris nos vuelve a descubrir en la escena al emperador, muy inquieto, junto a CHABRIAS. Movimiento de esclavos que entran y salen buscando al favorito por todas partes.)

CHABRIAS.- Os suplico que no os enfadéis conmigo, César. Me burló a mí y a los remeros.

ADRIANO.- Contraviniendo todas las reglas, Chabrias.

CHABRIAS.- No se lo tengáis en cuenta. Dijo que quería daros una sorpresa.

ADRIANO.- **(Sin oírlo. Molesto.)** Lo sabe perfectamente. Sabe que no puede irse del barco sin mi permiso y, mucho más, solo. No lo entiendo, ¿cómo puede desaparecer sin que nadie, absolutamente nadie, lo vea? ¡Ni siquiera tú! ¡Esta vez se ha excedido más de lo que puedo permitirle! ¡En qué momento le dije que sí a esa excursión por el río! **(Pausa.)** Tengo miedo, Chabrias. Ya sabes como está últimamente y temo que decida marcharse.

CHABRIAS.- Incluso si esa hubiese sido su intención. ¿Cómo podríais retenerlo?

ADRIANO.- Como sea. Encerrándolo, incluso. A ti no me avergüenza reconocerte que no podría soportar la idea de vivir sin él. **(Entra FLEGÓN.)** ¡Flegón, habla! ¿Lo están buscando ya los hombres?

FLEGÓN.- Sí, César. Pero aún no hay noticias.

ADRIANO.- **(Casi desesperado.)** ¡Eso es imposible! Estoy asustado, Chabrias. Hay algo dentro de mí que me lo grita. ¿Tienes tú alguna idea de dónde pueda estar? Contigo comparto cosas que no habla conmigo. Acompáñame, saldremos nosotros también en su busca. **(Se dispone a salir.)**

CHABRIAS.- Sería inútil, César. Es más prudente aguardar aquí, por si apareciera. Además, creo que no tenéis motivos para estar tan inquieto.

ADRIANO.- Puede que tengas razón. Ojalá sea así. Pero cuando vuelva, se va a arrepentir de haberse marchado.

CHABRIAS.- César, mi señor. ¿Quisieras, por favor, oírme? Os debo contar algo que está haciendo arder mi corazón. Anoche, antes de la fiesta...

ADRIANO.- (No le oye. Le interrumpe.) ¡Encima esta maldita niebla! ¿Y si se hubiese perdido? ¡Si al menos dejase de llover!

CHABRIAS.- (Prudente.) Tranquilizaos. (Le acerca una capa.) Poneos esto y que el frío no os haga perder los sentidos. Estoy seguro de que no se trata más que de una travesura. Ya lo conocéis.

ADRIANO.- Eso creía yo. (Más calmado. Ríe.) ¿No es esta una postura innoble para un príncipe? ¿No te da risa ver al hombre más grande del mundo conquistado por el amor?

CHABRIAS.- (Triste.) No, no me da risa. No os podéis imaginar lo que os comprendo.

ADRIANO.- Si él hiciera lo mismo. Si entendiese que soy un jefe de estado, que sobre mí recaen grandes responsabilidades, y que... (Se detiene ante la cómplice sonrisa de CHABRIAS.) Tienes razón, amigo. ¿Por qué iba a comprenderlo? Para ti, que eres un hombre entregado a la razón, debe parecerle ridículo que yo me comporte así.

CHABRIAS.- ¿Ridículo? ¡Oh, no! La razón no puede llevarnos nunca a la eternidad, en cambio, el amor, sí.

ADRIANO.- Me agradan esas palabras. Aún más si contradicen al iniciado órfico que siempre he creído ver en ti. ¿Crees que estoy equivocado? ¿Todavía estoy a tiempo de cambiar el rumbo de mi vida?

CHABRIAS.- De entre todos los hombres, creo que sois uno de los espíritus más libres que conozco. Sois justo, sabio y sensible. Para mí, vuestro afecto hacia Antinoo es casi heroico...

ADRIANO.- ¿Qué quieres decir?

CHABRIAS.- Bueno, los dos sois como la noche y el día, como la tierra y el mar. Una unión hermosa, pero fugaz. Sois como dos dioses unidos e incompatibles. (Palidece.) Un dios que abraza a otro, pero que desaparece al sentirse abrazado. Un momento, un momento... (Busca asiento, débil.) No... no es posible que... ¿Y si hubiese...? ¡Es absurdo?

ADRIANO.- (Confundido.) ¿Qué es absurdo? ¿Qué intentas decirme? ¿Y si hubiese qué?

CHABRIAS.- ¡No lo sé! ¡No lo sé! ¿Os ha dicho ya que ayer visitamos a la hechicera nuevamente?

ADRIANO.- ¿Qué? Pero...

CHABRIAS.- No, no os lo ha dicho. (**Nervioso.**) Quizás debí decíroslo yo. Aunque en realidad, no sé lo que esa mujer le contó. Hablaba de un gran sacrificio, de salvaros para siempre... Y yo... yo...

ADRIANO.- (**Nervioso**) ¿Qué es lo que me estás diciendo?

CHABRIAS.- (**Llora**) Tomad. (**Le entrega el brazalete.**) Lo dejó olvidado anoche, antes del banquete de Lucio. Pero yo tuve la culpa. (**Se arrodilla ante él.**) ¡Perdóname señor!

ADRIANO.- ¿Te has vuelto loco, Chabrias? ¿Quieres hablar claro! ¿Qué me ocultas?

CHABRIAS.- Todas las metáforas cobran ahora sentido. Si temía perderlo todo, creo que nuestro joven griego ha encontrado el medio de atarnos a él para siempre.

ADRIANO.- ¿Qué?

CHABRIAS.- Me temo que en el Olimpo está naciendo un nuevo dios. El último dios...

(Fuera se oyen voces y llantos.)

VOCES.- ¡Señor! ¡Mi señor! ¡Una desgracia! ¡Una desgracia!

(Entran HERMÓGENES, EUFORIÓN, FLEGÓN y unos esclavos portando sobre un manto el cadáver mojado de ANTINOO. Instantes después entran SABINA y LUCIO. El emperador, incapaz de moverse con coherencia, grita y se lanza hacia el cuerpo sin vida de su amado.)

HERMÓGENES.- (**Comprueba la muerte del joven ante el emperador.**) Está muerto, César.

ADRIANO.- (**Fuera de sí. Lo manda callar, con suavidad.**) Calla... Callad todos. Silencio. Silencio. (**Ríe.**) ¿No soy yo el hombre más poderoso del mundo? (**Abraza a ANTINOO.**) Despierta, niño mío. Tengo el poder sobre la vida y sobre la muerte.

Tengo todo el poder... ¡Vamos! ¡Despierta! **(Todos miran incapaces y lloran en silencio.)** ¡Hermógenes! ¡Hermógenes!

HERMÓGENES.- (Junto a él.) Está muerto, César. No puedo hacer nada.

ADRIANO.- (Violento. Se lanza sobre él.) ¡No está muerto! ¡Resucítalo! ¡Resucítalo! **(HERMÓGENES lo esquiva.)**

HERMÓGENES.- No puedo, mi señor. **(ADRIANO lo golpea.)** Está muerto... **(ADRIANO se abraza nuevamente a ANTINOO, desesperado.)**

FLEGÓN.- Lo hallaron en el río, junto a unas viejas cisternas. No es probable pensar en un accidente. Era un nadador admirable. Encontraron en la orilla sus sandalias y los restos recientes de un sacrificio con sus propios bucles. Creo que se quitó la vida.

(ADRIANO, envuelto en su locura, acaricia el cuerpo de ANTINOO. Lo imita, tendido junto al agua, como si quisiese morir con él.)

SABINA.- Adriano... ¡Cálmate! ¡Recobra el sentido común! **(Nerviosa.)** ¡Basta! ¡Basta! ¡Que alguien haga algo! ¡Basta!

ADRIANO.- (Abrazado al cadáver, arrastrándolo y dejándose arrastrar.) ¡Déjame en paz! ¡Marchaos todos! ¡Silencio! Silencio... Niño mío... ¿Por qué?... ¿Por qué?!...

(A una señal de HERMÓGENES, los esclavos separan, no sin esfuerzo, al EMPERADOR del joven muerto y se lo llevan entre lamentos y gritos. SABINA y CHABRIAS quedan junto al cadáver. LUCIO y FLEGÓN están detrás. La música de las ceremonias crece.)

LUCIO.- (A SABINA.) ¿Y bien? ¿No era eso lo que tú querías? Pues... ¡Ya está! No te ha supuesto un gran esfuerzo, ¿verdad?

SABINA.- ¿Qué insinúas? **(Asustada.)** Yo... yo no he tenido nada que ver con este asunto. **(CHABRIAS observa sorprendido.)** Quien y a puede estar tranquilo eres tú, ¿no Lucio? **(LUCIO atónito, cae derrotado.)** Pero... ¿por qué no hacen callar de una vez a esos sacerdotes? ¡Chabrias! ¿No puedes hacer que se callen?

CHABRIAS.- (Sin dejar de mirar el cadáver.) No puedo, señora. No se pueden silenciar las sabidurías de los pueblos. ¿No os gustan sus canciones? Hablan de la vida que triunfa eternamente sobre la muerte. Hablan del renacimiento de Osiris que hoy ha vuelto a proclamarse vencedor en el Reino de los Muertos. (Se levanta y exclama.) ¿Cómo se le habla a un dios? ¡Osiris! ¿Me oyes? ¡Tú también lo amabas! ¿No es cierto? ¡Dios de los muertos! Te lo has llevado. Ahora habitará siempre contigo. Ahora ya, él también es un dios. ¿Lo cuidarás por nosotros? ¿Le darás el calor que ha perdido? (Llora como un niño.) Dile que me perdone, porque yo también le amaba. ¿Me oyes? ¡Antinoo!

SABINA.- (Sorprendida. Se aparta. Ríe.) ¿Tú también lo amabas, Chabrias? Todo esto no puede estar pasando. (Entre risas y gemidos.) ¿Le oyes, Lucio? ¡Él también le amaba! (Mira con asco el cadáver.) ¡Qué lástima me dais! ¡Qué pena! ¿Para qué te arrojaste al río, si todo el mundo te amaba? Otra vez me lo has arrebatado todo, otra vez... ¡Antinoo! (Pausa.) ¿Qué hacéis ahí, gimiendo como plañideras? ¡Que alguien se lleve este cadáver! ¿No veis que está hinchado?

LUCIO.- (Con odio.) ¡Cállate! ¡Cállate!

SABINA.- ¡No! Ya he callado bastante. Chabrias. (Levantándolo del suelo con furia.) ¡Chabrias! ¿Me oyes? (Grita.) ¿Por qué el emperador lo amaba con tanta fuerza? ¿Lo sabes tú? ¡Habla, maldita sea!

(Lo zarandea. CHABRIAS le dirige la mirada. Su rostro está envuelto en lágrimas.)

CHABRIAS.- Tú, eso, querida emperatriz, jamás lo entenderías...

(Enorme carcajada de SABINA. LUCIO y CHABRIAS quedan mirándose entre sí. Sobreviene el oscuro. Aún podrá oírse la risa de SABINA al retornar la luz. FLEGÓN vuelve a tomar notas mientras el emperador, en igual actitud que al comienzo de la obra, habla a su secretario. En sus manos, el brazalete perdido del joven griego.)

ADRIANO.- Nunca me esforcé en saber si lo entendió o no. Sin embargo, Sabin a fue, hasta su muerte, una amiga fiel, una abnegada compañera sin la que no habría podido superar aquellos tiempos de dolor. Pero, al final, también ella se fue.

Ahora ya creo en dios. En mi Dios. No tuve que dudarle mucho antes de hacerlo divinizar oficialmente. Por sí solo ya se había convertido en dios. Después de la apoteosis, su cuerpo descansó al fin en una gruta cercana al lugar del sacrificio. Yo mismo asistí a los pases mágicos previos al embalsamiento. El niño descendió a la tierra como un Ptolomeo. Todo me faltó a la vez. Pusieron sobre su pecho un ramillete de acacias. Su rostro se volvió frío y pálido. Sus labios perdieron la voluptuosidad de antaño, y sus ojos ya nunca volvieron a abrirse para mirarme. ¡Cuántos recuerdos se marcharon con aquel niño que iluminó y oscureció mi vida a su antojo! Me entregó todo su amor, pero su sacrificio al final no me ha salvado. He dejado de aferrarme al ayer, como cuando engrandecí para los demás y para mí mismo la muerte del joven, aunque sólo para mí su muerte fue un problema. Intenté postergar para el futuro su existencia. Levanté la ciudad de Antínoe allí donde él me lo mostró con su último y más bello acto de amor, justo en la orilla en la que apareció su cuerpo sin vida. Hoy Antínoe se erige majestuosa como una estela funeraria a orillas del Nilo, como un bastión griego en el corazón del Egipto de los faraones. No obstante, no deja de ser una ciudad más, cuya importancia estratégica no se basa en el recuerdo de un amor, sino en la ruta que inaugura hacia las caravanas del Mar Rojo. Levanté templos y el culto de Antinoo se ha extendido por casi todo el Imperio. En Grecia, su tierra de origen y de la que ha de ser por todo, su último dios, lo adoran como a un tierno protector de los enamorados. Antinoo había muerto. Yo traje la paz al imperio. ¡Soy el príncipe de la paz! Pero Antinoo había muerto.

Pasaron todavía seis otoños más, con sus inviernos. He envejecido en seis años más que en cincuenta. No me quejo: he sido afortunado. Adriano será amado hasta el fin. Ese fin que siento ya tan cerca.

Dejo un imperio en paz. Todo está bien. Me iré satisfecho, pues ya nada temo a la muerte. Sé que alguien me espera allí. He visto transformarse mi luz. Ahora centellea, cada vez con más fuerza, en el borde del cielo, y no debo hacerla esperar.

(Se incorpora con dificultad. Lentos, suaves, entran en la estancia los recuerdos de HERMÓGENES, CHABRIAS y EUFORIÓN. Les siguen SABINA, LUCIO y el joven ANTINOO,

que se acurrucará feliz a los pies del emperador. ADRIANO le acaricia con dulzura y sonreirá melancólico a los demás.)

Mínima alma mía, tierna y flotante, huésped y compañera de mi cuerpo, descenderás a esos parajes, pálidos, rígidos y desnudos, donde habrás de renunciar a los juegos de antaño. Todavía un instante miremos juntos las riberas familiares, los objetos que sin duda no volveremos a ver.

...Tratemos de entrar en la muerte con los ojos abiertos...

(Telón.)

«Rosa del Mar», El Puerto de Santa María.

Otoños de 1987 y 1993

FIN